

MESA CLÍNICA

Aceptando el lado oscuro del corazón

Infidelidad, secretos y justicia

CELIA JAESFALICOV

*Comentadores: Eva Giberti,
María Rosa Glasserman, Adolfo Loketek*

Celia Jaes Falicov: Quiero agradecer muchísimo la generosidad de María Rosa Glasserman y de Adolfo Loketek por incluirme en este magnífico cumpleaños. Siempre he admirado y respetado mucho el trabajo de CEFYP desde lejos, desde la distancia. Hace ya 38 años que no celebro el cumpleaños de mis parientes y amigos en la Argentina. Esta es una ocasión muy especial para mí. Aunque mis afectos siguen muy vigentes aquí, mi actividad laboral en la Argentina ha sido limitada. Así que este es un ámbito muy nuevo para mí y siento casi penosamente, les diría, mi extranjería. Vivo en Estados Unidos, viajo, presento en España, en México y de alguna manera me siento cómoda, y acepto que soy extranjera y me siento libre. Aquí me falta el lenguaje, no sólo ya porque me cambió el acento (ayer alguien me sorprendió muchísimo cuando me preguntó, luego de escucharme, si era argentina). Y entonces me encuentro en una situación paradójica: en Estados Unidos me molesta mucho que la gente inmediatamente después de que abro la boca me diga: “¿Y de dónde es usted?”, y en la Argentina me preguntan si soy de algún otro país latinoamericano. Mi falta de lenguaje no consiste sólo en el acento o en las dificultades para poder encontrar el vocabulario técnico, sino que también me parece que cognitivamente pienso ya en forma diferente, hablo un lenguaje profesional diferente al de aquí porque fui a la universidad en Estados Unidos y me muevo

en ambientes básicamente norteamericanos. Ayer estaba sentada entre la audiencia y veía a muchas mujeres jóvenes que me recordaban a mí misma cuando estaba en la universidad en Argentina. Pensaba que yo también hablaba así, también tomaba notas así cuando tenía veinte años. Me encantó la conferencia de ayer, con teatro, historia, literatura. Pero estoy en esa situación de pérdida ambigua del inmigrante: siento que en la Argentina probablemente sueño como una americana pragmatizada, y en Estados Unidos sueño como una argentina complicada. Hay un término muy interesante de Pauline Boss, una socióloga americana de familias, que ha acuñado el término de pérdida ambigua, *ambiguous loss*, en referencia a personas que están psicológicamente presentes y físicamente ausentes. Muchas veces a mí me sucede eso en Estados Unidos: siento que ustedes están físicamente ausentes pero los tengo psicológicamente presentes. Y a veces también hay situaciones donde uno está físicamente presente pero psicológicamente ausente. Ahora también siento un poco eso, estoy físicamente presente pero psicológicamente no estoy totalmente aquí. Es como que te falta un brazo, pero tienes un miembro fantasma.

Pero no nos deprimamos con los problemas de los inmigrantes. Pienso que una forma de adaptarme al lugar es hacer en Roma como los romanos. Y como estamos en la Argentina, hagamos como los franceses.

Tuve la suerte, viniendo para aquí, de encontrar un libro francés que seguramente todos ustedes conocen pero que en Estados Unidos ha sido traducido muy recientemente: *Actos de resistencia contra la tiranía del Mercado*, de Pierre Bourdieu. Y creo que lo que Bourdieu dice se aplica un poco a los problemas de la terapia familiar de los últimos años en Estados Unidos. Él dice que los discursos de las corporaciones han entrado a la familia. Para todo queremos tener respuestas rápidas, podemos ir a las computadoras y tener respuestas inmediatas a preguntas y lugares remotos. Esperamos respuestas digitales para todo y dejamos de poder aceptar ambigüedades, equívocos, procesos de cambio a largo plazo, que exigen sacrificios personales y paciencia.

Esto nos lleva al caso que he elegido para hablar con ustedes. No es un caso de solución rápida ni de intervenciones transformativas relámpago. La historia que esta familia-pareja trae es una historia que tiene una dureza social casi milenaria, y por lo tanto es difícil formar nuevas historias creativamente. Es un caso de infidelidad prolongada y con un tratamiento prolongado de 31 sesiones. Si ustedes no creen que la mentalidad del mercado global, que el concepto de “cambio instantáneo”, ha entrado en la terapia, déjenme previamente contarles que el pasado 29 de abril, en el periódico *The New York Times* apareció un artículo que se titula: “Now Infidelity Comes Out of the Closet” (“Ahora la infidelidad ha salido del ropero”). Resulta que este viejo tema está muy de moda, con estadísticas como que el 35% de las parejas que se encuentran en situación de infidelidad sobreviven a la infidelidad y se mantienen juntas, pero el 65% se divorcia. Hay quizás otros motivos que tienen que ver con el fin de siglo, con terapias orientadas hacia el trauma y el perdón, que tienen que ver con este resurgimiento de un interés en la infidelidad. ¿Y por qué pienso que es cierto que la mentalidad de mercado ha llegado a todos los recovecos de la psicoterapia en Estados Unidos? Frederick Diblasio, doctor en Trabajo Social de la Universidad de Maryland, es uno de los especialistas en infidelidad. Cuenta en el artículo una sesión en la que –Bob y Bernadette– van a consultar. Bob relata que el señor Diblasio le ha dicho que tiene que mirar a su esposa en los ojos y que le debe describir en la sesión, públicamente, todo lo que él, Bob, hizo con su amante, o con sus amantes, a saber: “Con esta mujer yo forniqué. Con esta otra mujer tuve sexo oral. Con esta otra tuve fellatio”. Y después de haber enumerado todas las cosas que ha hecho le dice a la esposa: “Por favor, perdóname”. Y la esposa, Bernardette, contesta: “Bueno, yo no les voy a mentir. En realidad fue una cosa descorazonadora escucharlo a Bob contarme todos estos detalles. La infidelidad le saca a uno la última onza de confianza en el matrimonio, pero no tenía todos los detalles como él me los ha dado ahora –y me los ha tirado prácticamente en la cara–. Se lo agradezco porque para poder perdonarlo uno necesita saber”.

El artículo continúa hablando de otros abordajes a la infidelidad. En general, se responsabiliza al que comete la infidelidad. Entre quienes cometen la infidelidad –los victimarios– y las víctimas –a las que se debe rendir cuentas y pedir perdón–, hay un arco ideológico variado. Están los conservadores tradicionales, que piensan que los hombres cometen estos pecados y que deben pagar por ellos. Y que estas infidelidades no necesariamente significan problemas previos en la intimidad del matrimonio, sino que tiene que ver nada más que con oportunidades que uno tiene y aprovecha. Del lado opuesto, las mujeres feministas consideran que la infidelidad es un abuso del hombre y que está incrustado en sociedades patriarcales y que por lo tanto el hombre debe dar cuentas (“accountable”) en el sentido de que es el responsable. Otros creen que se debe comenzar con lo opuesto, con compartir entre los dos la responsabilidad, a partir de creer que la única forma de que una mujer o un hombre –en caso de que la mujer fuera la infiel– puedan recuperar la intimidad de alguna manera es que compartan la responsabilidad por lo que ha pasado. En este caso, los dos se deben pedir perdón uno al otro, porque el affaire es el resultado de una intimidad rota o un divorcio emocional. Hay otros que creen que uno debe tratar de recuperar la relación sin nunca esperar un perdón porque no es posible. Hay muchos que creen que la infidelidad es síntoma de problemas más serios y por último hay otros que creen que es un síntoma simplemente de una sociedad más liberal que permite mayor experimentación.

Yo trabajo mucho con familias mexicanas en Estados Unidos. El caso que les quiero presentar es una situación interesante de dos personas educadas, un político en la frontera entre San Diego y México, que ha perdido una elección en una alcaldía, y su mujer, que descubre, a lo largo de dos años, varias situaciones por las cuales ella piensa que él mantiene una relación con otra mujer. María Rosa Glasserman y Adolfo Loketek gentilmente van a actuar la sesión número 6. A la primera sesión la señora viene a consultar sola, muy deprimida, luego de haber probado una terapia bioenergética; cuenta que se siente muy insegura, muy deprimi-

da, muy angustiada y que piensa que debe dejar al marido porque él no le rinde cuentas acerca de todas estas indiscreciones que ella ha encontrado. Y también que fueron a un terapeuta matrimonial, que no les había resultado y que por lo tanto ella estaba muy desesperanzada. La convengo para que hagamos una entrevista juntos, con su marido. Él llega a la entrevista, me asegura que el affaire ha terminado, que son cosas de Adriana, que Adriana no deja de estar obsesionada con esto, que él no sabe ya cómo convencerla, que es cuestión de ella, que ella debe comprender y aceptar que él no tiene nada que ver con esa otra persona. En parte, por el modelo que uso en entrevistas de pareja lo entrevisto a él solo, además no estoy totalmente convencida de que esté diciendo la verdad y lo hago también para balancear el hecho de que la había visto a ella una sola vez. En la entrevista con él solo, él me dice que efectivamente no fue una cosa totalmente pasajera, que él creyó que temporariamente se había enamorado de la otra mujer pero que definitivamente ya hacía mucho tiempo que no la veía. Tengo dos entrevistas con ellos juntos, Adriana sigue pidiendo detalles, cuentas, que él le asegure que realmente la quiere, que cómo puede ser que la siga llamando mucho a la otra mujer, que qué significa eso para la relación de ellos dos. Él evade todas las preguntas, se las ingenia para hablar de otras cosas, para criticarla, para decir que la relación anterior era una relación demasiado fría, y no se responsabiliza. Yo encuentro una encrucijada en esta segunda sesión, juntos, siento que si lo presiono lo pierdo como paciente, si me alío con ella, si no trato de empatizar de alguna manera con él a pesar de mis dilemas éticos en esta situación. Mi subjetividad se encuentra un poco sesgada porque las pruebas que ella trae son muy convincentes. Les sugiero que quizá sea posible cuando él esté preparado, ya que esta es una situación de terapia muy nueva para él, que tal vez más adelante él tendría que poder hacer algún tipo de compromiso con Adriana para aclararle qué ha pasado, en la forma en que él lo pueda hacer, en la medida que él lo pueda hacer. Y que quizás él podría poner alguna fecha para hacerlo. Creo que quizá porque eso formaba parte de crear una alianza terapéutica y no presionarlo demasiado, él res-

ponde y yo le creo. Pide que le den un mes, que más o menos dentro de un mes él le va a decir a Adriana qué ha pasado, pero que no puede entrar tan rápidamente en una situación confesional, que no es algo que él está acostumbrado a hacer, que necesita pensar cómo hablarlo. Yo acepto eso. En la sexta sesión, que es la que vamos a escuchar, el mes ha pasado y él no se ha abierto para nada, y ella estalla, explota. Entonces ahí me encuentro con una situación de engaño prolongado, y una situación quizá de mistificación. No la entiendo bien, pero sé que ha llegado el momento en que algún tipo de cambio debe producirse, porque tratar, como en las dos últimas sesiones, de hablar en general de matrimonio, de las familias de origen, de las hipótesis sobre por qué la relación estaba enfriada, por qué había un distanciamiento emocional, no es suficiente. De alguna manera tenemos que confrontarnos con el affaire, con la infidelidad.

Sesión 6

Terapeuta: ¿Qué tal ustedes? ¿Cómo les va?

Adriana: Bien, gracias. (Al marido.) ¿Tienes ganas de hablar tú o no?

José: Tú habla.

A.: No, yo no hablo.

J.: ¿Por qué?

A.: Porque yo siempre... parece que somos el reverso de la moneda, tú siempre dices lo positivo y yo lo negativo. Bueno, aquí la que reniega soy yo.

T.: Hagamos al revés entonces, hoy usted me cuenta, Adriana, lo positivo en vez de lo negativo, a ver qué pasa si hacemos al revés.

A.: Lo positivo no. La verdad es que no hemos avanzado mucho, o más bien no hemos avanzado nada, para mi manera de ver, sobre todo.

J.: Sí, cierto.

A.: No puedo encontrar nada en que hemos avanzado. Yo he

tenido momentos en que la lógica va en contra de lo que yo siento, ¿verdad? O sea, la lógica me dice cosas negativas de la relación. O sea, yo estoy viendo que no hemos avanzado mucho, que no hemos hablado de nada. Ya no digo solamente de lo que pasó sino de lo nuestro. Está como estancado, ¿verdad? Este tiempo que está José en la casa, pues es convivir con los niños, platicar de trivialidades, sobre todo la convivencia con los niños, ¿verdad? Ahorita que está el fútbol, pues eso les divierte mucho hacerlo con su papá. Eso yo no digo que tiene nada de malo, ¿verdad? Pero llega un momento, como un rayo de luz, como una chispa en que me llega el pensamiento, verdad, porque tienes dos años dejando que se arrastre esta situación que tú no ves que mejora y sobre todo que no termina esa otra relación, que aunque no es todo el problema del matrimonio, es irrisorio.

T.: ¿Usted cree que no ha terminado?

A.: ¿Yo? Yo no creo que ha terminado. ¿Entonces? Si yo pusiera mi situación en una obra de teatro sería una obra cómica, y se reirían de mí. Porque me estoy haciendo la tonta, porque acepto todos los pretextos, porque acepto postergar el tiempo. Entonces, siento que aquí la persona que es el objeto de burla soy yo, ¿verdad?

T.: ¿Se siente burlada, humillada?

A.: Sí, en estos días acepto que he estado muy agresiva. Me dan ganas de matarlo. Ya se lo dije y se asustó mucho, ¿verdad? No, no creo que llegara a tanto, pero me dan ganas de hacerle algo a ella. Inclusive se lo dije el otro día, y se quedó como pensando que no es posible lo que me estás diciendo. Si no fuera porque ella vive en los Estados Unidos, tal vez ya hubiera ido a rayonar su casa, a chocar su carro, a romper un vidrio. Se me antoja hacerlo, cuando mi instinto sale, ¿verdad? Pero cuando mi inteligencia y lógica sale digo yo no puedo ir a hacerlo. No soy así y no está bien que vaya a hacer algo así, ¿verdad?

T.: Claro.

A.: Pero no le voy a decir que no tengo esos sentimientos y esos pensamientos, o sea que se me antoja. Antes se me antojaba mucho golpearme a mí, ahora ya no es tanto eso. Ahora se me an-

toja golpearlos a ellos. Tengo ganas de matarlos a los dos, pero primero a ella que a él. Entonces me entra un coraje [quiere decir enojo], un odio, un rencor y una cosa que quisiera poder echar afuera.

T.: ¿Usted intenta hablarle a José de sus sentimientos?

A.: Sí, pero cuando yo le digo algo, él prefiere no hablar del asunto y empieza a decir: “¡Pues qué bonito está el clima, qué padre está el fútbol!” y me cambia de tema. El otro día le reclamé: “José, tú me pediste un mes y van dos. Ni siquiera me has dicho Adriana, no es que se me haya olvidado, no es que no te vaya a platicar, dame un poquito más de tiempo’. Tengo que estallar yo y franquicia para que diga algo.

T.: Debe ser muy difícil para usted.

A.: Entonces para mí es muy desesperante, ¿verdad? Yo ya siento y he llegado a pensar que lo que él está queriendo es ganar un poquito de tiempo. No sé para qué. Y que realmente no, a lo mejor ni pensaba hablar conmigo y a lo mejor nos está haciendo tontas, a usted y a mí. Entonces, el mes está haciendo crisis. Está llegando un momento que estoy a punto de explotar.

Quisiera salir corriendo, pero mi lado responsable me dice: “No puedes salir corriendo, tienes tres hijos”. “No puedes hacerle esto a tus hijos, y no has tomado una determinación, de terminar definitivamente.” ¿Por qué asustarlos o mortificarlos a ellos? Entonces trato de llevar las cosas muy bien, con una sonrisa y aquí ahora me desahogo yo. Esa es mi situación. ¿Ve que no tiene nada de positivo? No puedo hablar positivamente, eso le digo yo a usted. Se me hace más cruel haber dejado pasar estos dos años y que tú no me hayas dicho: “Déjame irme, buscar por otro lado, dame tiempo”, sino que me has estado postergando dos años. Y no creo que una persona que no quiera a la otra persona, si se trata sólo de una cosa pasajera, una atracción física, no pueda terminar una relación en dos años. Quiere decir que hay algo de sentimientos allí ya. Yo, como le he dicho a usted, me puedo imaginar lo que yo quiera, pero está el caso aquí y me imagino cosas peores, peores. Y estoy convencida de que José está en la casa por sus hijos y si así fuera quiero que me lo diga, y yo ya ve-

ré qué hago. Y si lo acepto así, me sacrifico por mis hijos, vivimos pero ya descansamos. Yo ya estoy muy cansada esperando, porque sigo encontrando llamadas, sigo investigando y se lo dije: "Yo voy a seguir investigando". Ojalá... Quisiera encontrar pruebas a mi favor. Sigo encontrando llamadas... entonces ya llega un momento en el que estoy muy desesperada.

T.: ¿Usted sabe lo que José piensa de lo que usted está diciendo?

A.: No, no sé qué piensa porque conmigo no habla.

J.: Bueno, no hablo porque hace días Adriana me decía que yo tenía las cartas en este juego. Y me dio hasta risa que me dijera eso porque la que enseña siempre las cartas es ella, no yo. Durante un tiempo Adriana estuvo muy bien, creo que avanzando mucho, creo que yo estuve muy bien también. De unos quince días a la fecha, o tres semanas, ha estado con ese tipo de depresiones. Y siempre investigando, encontrando cosas que no quiere encontrar lógicamente pero que internamente, probablemente, sí las quiere encontrar.

T.: Explíqueme un poquito más sobre eso.

J.: Y, siempre me ha exigido a mí que hable. Ayer, veníamos de una cena en Tijuana y me decía que yo era una persona que no brinda información. En mi manera de haber sido criado jamás me iban a permitir ser tan abierto. No le contesté nada porque cada discusión es siempre un desastre. Pero me dieron ganas de contestarle: "¿Bueno, si sabes cómo soy, para qué me exigés algo que no soy?".

A.: ¿Y tú, para qué lo ofreces o prometes?

J.: ¿Me vas a dejar a mí hablar o...?

A.: Sí, sí.

J.: Sin embargo está en ella su necesidad de que yo le hable. Que yo le diga, que yo le comente y le platique, y le diga de una vez por todas que yo me quiero ir de mi casa, que estoy enamorado de otra mujer, que no lo hago con ella en el matrimonio e insiste con que yo estoy en mi casa por mis hijos. Siempre me has estado insistiendo y la verdad es que yo siempre he dicho que no es cierto.

T.: ¿Pero por qué le parece que ella quiere que usted le hable y le platique de lo que le está pasando a usted, lo que siente por ella?

J.: No sé, no sé. Es como una persecución.

T.: No sabe... Por la forma en que usted lo dice, parece que ella lo hace para perseguirlo, molestarlo. ¿Usted lo vive así y no porque ella necesita que usted se acerque y le brinde certeza de una realidad más claramente definida?

J.: Pues es la forma en que lo veo. No creo que sea para entenderme, no creo que sea para comprenderme. No creo que sea para discutirlo y analizarlo en un aspecto positivo, ¿verdad? Estoy totalmente convencido de que no es esa su intención, ¿verdad?

T.: Y si usted se pusiera en los zapatos de ella, ¿piensa que necesitaría quizás alguna seguridad mayor o una confianza en su presente dedicación a esta relación?

J.: Es que yo... yo siento que he avanzado mucho, doctora. Yo siento que hace mucho tiempo no veo a esa mujer, hace bastante tiempo. Yo siento que no le he faltado a ella, y siento que he avanzado bastante, ¿no? Y que en cualquier momento ese avance se cae ante una actitud depresiva de Adriana. Esto y todo lo que pudimos haber avanzado se cae. Y mi matrimonio siempre está pendiente de un hilo. Y no solamente mi matrimonio sino mi vida, mi actitud o las circunstancias que me rodean, mi casa, ¿verdad? Ante cualquier... ante la salida de una muchacha bonita en televisión está pendiente mi matrimonio, por todos lados. Me siento muy acorralado, no puedo ni siquiera opinar nada en relación a una mujer.

T.: Entiendo.

J.: Adriana dice que a mí me importa mucho la belleza, yo creo que a quien le importa mucho es a ella, ¿verdad?

A.: Bueno, yo creo que si no te importara la belleza hubieras elegido otra mujer para salir, ¿no?

J.: Pero eso no es... A lo que yo me refiero es que a mí no me importa mucho la belleza.

A.: Estoy convencida de eso.

J.: Bueno, estás convencida, sin embargo estás equivocada,

aunque estés convencida. Yo creo que a quien le interesa mucho la belleza, que se fija mucho en la belleza, eres tú, no yo. Porque yo si veo una mujer bonita, o una muchacha bonita en la televisión, pues no es una obsesión, por estar viendo una mujer bonita no me enfermo, ni soy una persona desviada, ni soy una persona que al ver una persona bonita se vuelve loco o se vuela... nada, nada.

A.: ¿Nada?

J.: Entonces, la obsesión sobre la belleza yo no la tengo. Pero en fin, ha sido, doctora, una situación que siento que se mejora cuando ha habido voluntad de ambos. Pero esa voluntad se desmorona. Claro, probablemente por mi culpa y por estar buscando siempre algo que la...

A. (interrumpiendo): Por encontrar, más bien. No buscar.

J.: Es buscar, porque el buscar en los recibos de teléfono de mi oficina no es encontrar.

A.: Es encontrar, están hechas las llamadas.

J.: Bueno, por eso buscaste los recibos, ¿verdad?

A.: Busqué los recibos... ¿qué tal si hubiera encontrado los recibos y no hubiera habido llamadas?

J.: Pues sí, ok. Entonces me dice, encontré esto.

T.: Les voy a decir cuál es el problema que veo en esto. Usted, habla como si fuera totalmente inocente y ella sigue como un disco rayado. Yo tengo que conocer un poco mejor cuál es la realidad. Si la realidad es que Adriana todavía está sufriendo las consecuencias de haber sido muy herida por su affaire, lo hablamos de una forma. Pero si Adriana está herida porque usted continúa la relación, entonces no se puede reconstruir un nosotros entre ustedes dos. Entonces quizá deberíamos empezar a hablar de otra forma.

(Al público.) Quiero hacer una pequeña pausa aquí. Evidentemente me estoy moviendo mucho más para tratar de traer una confrontación un poco más clara. ¿Por qué? Porque empiezo a sentir, sobre todo en este momento en particular, que hay una especie de comunicación desviacional porque él empieza a cuestionarle a ella que ha buscado los recibos y que esa es la razón por

la cual ella está como está. No por lo que encontró sino por haber buscado, entonces es confuso. Él dice: “No, no es el buscar porque el buscar no es encontrar”. Y ella dice: “Sí, yo encontré los recibos y encontré que había llamados. Podría haber encontrado los recibos sin las llamadas”. Entonces, él no puede defenderse pero siempre de alguna manera le vuelve a echar el paquete a ella. Hay una famosa película de Alfred Hitchcock, que probablemente ustedes conocen, que se llama *Gaslight*, con Charles Boyer e Ingrid Bergman, y describe cómo una persona puede ser llevada a la locura por las mentiras del otro. Charles Boyer en la película prendía y apagaba las luces a gas, y por eso se llama *Gaslight*, y cuando ella decía que no estaban prendidas estas luces minutos atrás, él decía: “Sí querida, estás equivocada. Estaban prendidas”. Entonces él se movía prendiendo y apagando las luces de tal manera de confundirla. Él tenía la intención de volverla loca para quedarse con la herencia de ella.

En este caso yo no creo de ninguna manera que José la quiera volver loca a Adriana, pero sí que accidentalmente con sus silencios y sus defensas feroces la está poniendo en una situación de crisis. Hay una palabra que no sé si conocen, la leí en un libro: *rapanoia*, que no es paranoia. Se refiere a una sospecha apropiada con una realidad existente, por eso se llama rapanoia en lugar de paranoia. La realidad es que quizás a uno lo estén engañando, le están haciendo daño, lo están poniendo posiblemente en una posición de opresión, y de ninguna manera se lo reconocen. Entonces el problema de la validación de alguna de estas cosas empieza a ser importante como un tema a seguir.

En la página siguiente [de la transcripción de la sesión] –que no vamos a leer–, él vuelve a defenderse cuando hago un comentario en el que sólo señalé la cantidad de veces que él usa la palabra “asegurar”: “Yo sé que usted me ha dicho antes doctora que soy bueno para esquivar las respuestas pero le puedo asegurar que yo no sigo viendo a esta mujer”. Y sigue diciendo asegurar. “Le puedo decir con toda tranquilidad y con toda honestidad...” Nos dice a las dos... y entonces ahí cambia la conversación y dice: “Ojalá yo fuera ella, porque tendría una si-

tuación muchísimo más fácil, la situación de acusadora en lugar de acusado". Y yo entonces trato de empatizar con él, cosa que he tratado de hacer varias veces anteriormente y que cuesta mucho trabajo porque Adriana cada vez que empatizo con el sufrimiento de José también se pone muy mal y me reprocha a mí como que encima de todo usted piensa que habría que validarlo... a él. Pero él responde que es una etapa en la que está sufriendo mucho, y volviendo a leer la transcripción hasta tendría ganas de haber podido tener mucha más empatía con él, a pesar de poner en peligro mi alianza con ella. Porque pienso que precisamente la empatía con él es lo que le permite a él, de alguna manera, empezar a hacer un movimiento de apertura mayor, y no sentirse siempre en el papel de acusado. Él me responde que sí, que es una estafa, que está sufriendo mucho. Lo único que encuentra son reclamos, rencor, "un coraje [enojo] con todo lo que yo hago". Él me dice que quiere que le diga si va por buen camino.

Una vez que obtenemos esta interacción donde él se siente empatizado, me da entonces una entrada a que le pregunte cuál cree que es su contribución para el presente estado de ánimo de Adriana, que es empezar a responsabilizarlo para que él tome algún tipo de "accountability", como se dice en inglés. Ella sigue con más datos, los datos se acumulan uno tras otro. Por ejemplo, cuando ella le pide las llaves del coche para ir a la farmacia, él separa dos llaves porque posiblemente una es la llave de un escritorio de él donde hay cartas, o hay recibos de teléfono. Entonces ella se da cuenta de que él separa las llaves y él lo niega completamente en la sesión diciendo "qué barbaridad", no tiene ningún sentido. No explica precisamente por qué separó las llaves, pero dice que no tiene ningún sentido. Eso es lo que pasa en estas dos páginas que no leeremos.

Ahora seguimos con Adriana.

A.: Además, yo le he ofrecido. Hace dos años le dije: "Vete un tiempo para allá, con ella, prueba allá. Y cuando tú decidas lo que quieras, vienes y si yo todavía estoy dispuesta, bueno, vemos". A

lo mejor habría sido más saludable, a lo mejor hubiera sido más corto el tiempo... no sé.

J.: No Adriana, tú no. Tú sabes que no eres así.

A.: Hubiera tratado, José.

J.: No Adriana, sabes que tú...

A. (interrumpiendo): Yo le digo que por más duro que sea, lo que me tenga que decir de ella... ¿cómo sabe cuál va a ser mi reacción? Él se abrió en una ocasión, ¿cuál fue mi reacción cuando me dijo algo muy grave? Por eso sí creo que existe algo allá, porque cuando estábamos recién casados, no sé si lo comentamos, él me confesó que había embarazado a una muchacha y yo no tenía hijos todavía, y yo ni sospechaba. No teníamos dos meses de casados, y cuando me lo dijo así claro y pelado... "Fíjate que parece que hay una muchacha que dice estar embarazada de mí." Pues de momento sí, ¿verdad? Me quise morir, me acuerdo que me sentí muy mal, que empecé a llorar y llorar y me vine abajo muy feo, ¿verdad? Pero entonces no había niños de por medio. En este caso, pues...

Falicov (al público): Yo digo "Mmm, mmm" pero realmente estoy muy sorprendida, esta es una nueva información, cosa que nunca había escuchado antes.

A.: Entonces yo me quedé. Él me pidió que me quedara, me dijo que me quería a mí, que había sido una cosa de una sola noche. Después resultó que la muchacha lo había engañado y la verdad fue que no existía esa criatura. Pero me lo dijo, lo acepté y yo lo perdoné. Yo le atribuyo a eso que nos hayamos enfriado en nuestro matrimonio. Yo no tuve a quién acudir en ese momento para decir qué hago, pasa esto... Entonces decidí quedarme con él, porque yo sentía que lo quería mucho. Y allí me quedé, y allí estuve y tuve tres hijos y todo. Y ese fue un golpe mucho más duro, pensar que tenía una criatura con alguien más, ¿verdad? Yo ya le demostré que sí me puede decir cosas muy duras.

J.: No Adriana, no. Nunca me lo perdonaste, todavía me lo reclamas mínimo tres o cuatro veces al año.

A.: Si yo veo que...

J. (interrumpiendo): Sí, sí. Es una reclamación constante.

A.: Porque veo que no la llevamos bien, digo.

J.: Porque no me perdonaste, y por eso después de los años nuestro matrimonio se enfrió totalmente.

A.: Sí, es cierto.

J.: Totalmente, ¿verdad? Por eso, me decís que es por eso, ¿verdad?

A.: Yo digo que...

J. (interrumpiendo): Yo no sé si será por esto o serán otras cosas pero siempre me has dado esa justificación.

A.: También le digo que si yo le hubiera dado, si nos hubiéramos separado, le hubiéramos dado la oportunidad de que me dejara, saber que estás conmigo porque quieres estar, yo me hubiera convencido. O sea, hubiera sentido... él no tendría que vivir con el espectro de la duda porque me dijo esto, porque me vio muy mal en ese momento, o porque de veras me quiere a mí.

T.: La dejó muy insegura...

Falicov (al público): Quiero parar aquí un momento, hacer un comentario. Hay una frase que ella dice aquí: "Si él me contara lo que ha pasado, yo no tendría que vivir con el espectro de la duda". Son las maravillas de poder tener una transcripción, nunca había pescado esto antes. Ella le ofrece la posibilidad de que quizás él le contó eso porque la vio muy mal, o porque de veras la quiere a ella (y no a la otra). Si lo hubiera escuchado podría haber amplificado eso. Pero evidentemente esta historia anterior es una historia muy importante de un pacto roto muy temprano, entre ellos. Y recordé un trabajo muy poco conocido de Ronald Laing –creo que es un trabajo no publicado, porque lo estaba escribiendo poco tiempo antes de morir–, que se llama "Las mentiras del amor, un estudio sobre los engaños y los celos". Una de las cosas que Laing dice es que mucho de lo que pasa en la intimidad es tan tramposo como lo que pasa en los negocios, la política o la diplomacia internacional: "La cama es uno de los lugares más peligrosos en la sociedad, cubierta por un

manto de falsificaciones. Hay más crímenes en las camas que en las calles de Nueva York. La cama es un área de alta intensidad, los hombres tienen miedo de las mujeres y las mujeres tienen razón de temer a los hombres. Los griegos la llaman antropofobia, el miedo a los seres humanos. Aunque uno sea honesto o abierto, nunca se puede saber quién es el otro, qué es lo que realmente piensa y que no nos están tendiendo trampas. Si uno analiza las estructuras de múltiples engaños y subterfugios, qué es secreto y qué es información clasificada en los actos y sentimientos de la gente, esta maniobra es parecida a Watergate o cualquier otra maniobra política. Es decir, es una estructura llena de mentiras”.

Laing describe esto como una realidad casi impenetrable de las relaciones humanas, y sin embargo él lo condena desde el punto de vista de los problemas de identidad del ser, los efectos de vivir dentro de una mentira. Para el que se siente amado en base a mentiras esto constituye una construcción falsa del ser. Si el ser está construido en una teoría relacional, el otro es siempre el validante de uno, el ser auténtico tiene que ser un ser también querido auténticamente, sino es un ser falso. Y él plantea en una serie de preguntas que hay una diferencia entre amar y creer en el otro. Según Laing, es posible amar sin tener confianza. ¿Cuáles son los problemas psicológicos del engaño? ¿Podríamos hacer generalizaciones? ¿O varían de persona a persona? ¿De pareja a pareja? Laing expone el caso de una mujer que se presentó a él con una paranoia galopante. Una mujer que se cuestionaba todo: por qué cruzaba la pierna derecha sobre la izquierda, por qué estas tres sillas estaban puestas en el consultorio en esta posición y no en otra. Y cuando empieza a indagar en algo que aparece como un cuestionamiento fragante de todo, de objetos, de sujetos, de todo lo que es su entorno, encuentra que ella había pasado un año en la India con un novio y con una amiga. Y en esta situación triangular ella empezó a sospechar que el novio y la amiga tenían un affaire. Ella estaba muy enamorada de su novio y el novio le aseguraba que él también la adoraba. La amiga le aseguró que no pasaba nada. Al cabo de un tiempo ella recuperó la confianza en

él y nunca supo si lo que le había pasado eran fantasías o no, y que quizás uno puede definir la infidelidad de muchas maneras. ¿Fue una infidelidad emocional? ¿Una infidelidad sexual? ¿Puede tratarse simplemente de una amistad profunda entre la amiga y él? Pero lo que pasó fue que un día antes del regreso de un viaje de esta pareja, ella se encontró con que el novio y la amiga se habían ido en un avión anterior y la habían abandonado. Primero había creído que percibía correctamente su amor y después había creído otra cosa. Después volvió a creer lo primero a través de la mentira y después tuvo que acomodarse otra vez a la verdad de la mentira. Esto la confundió mucho acerca de cuál era la realidad real, digamos.

Adriana está en una situación similar, en el sentido de que ya hubo una situación anterior donde hubo una mentira, donde él la convenció de que había dejado la relación, de que en realidad él quería este matrimonio. Entonces cuando aparece por segunda vez, su vulnerabilidad todavía es mucho mayor, porque no sabemos hasta qué punto ella tiene confianza en el amor de él como algo establecido. O si ella misma, como confiesa en lo que ya leímos, lo aceptó, ¿verdad? Quizá podemos empezar a hablar de modelos de matrimonio o modelos de amor diferentes, que permiten infidelidades y al mismo tiempo otras bases para el cimentamiento matrimonial.

Seguimos con la lectura.

A.: Porque a mí en el fondo siempre me quedó la duda, ¿verdad? De por qué a los meses de matrimonio tenía que andar buscando por otro lado, ¿verdad? Sin embargo pasaron los años, tuvimos los niños, a él también le convino que la relación se enfriara. Porque él estaba muy a gusto, dedicado cien por cien a lo que quería hacer, a su trabajo, entonces yo creo que él también salió beneficiado porque se enfrió la relación.

T.: Entonces el enfriamiento emocional se viene arrastrando durante muchos años. Pero algo muy fuerte debe existir para seguir uniéndolos y quizás esta crisis de ahora puede ser muy importante para un nuevo reencuentro.

A.: Lo que está pasando ahora en un principio a lo mejor pudo haber sido bueno para el matrimonio, entrar en crisis. Pero creo que ya se tardó demasiado, dos años.

T.: Bueno, lo que está pasando no quiere decir necesariamente que él la prefiere a ella y no a usted. Y mi impresión, José, y le estoy tratando de leer el pensamiento si me permite, es que usted está intentando quedarse con Adriana pero que quizá le resulta muy difícil dejar el halago de una mujer que todavía lo persigue, o le demuestra amor, o cariño. Pienso que tal vez eso mantiene la situación con la otra mujer.

Falicov (al público): Es decir, básicamente estoy empezando a decidir que en realidad es posible que él continúe la relación con la otra mujer, en lugar de aliarme con una sola realidad presentada hasta ese momento.

J.: Fíjese que yo estoy muy, cómo le diré doctora, muy tranquilo en ese sentido. Probablemente tenga usted razón en decir que a nosotros los hombres nos gusta tener un halago en que alguien sufra porque nos quería mucho, ¿verdad?

T.: Así es.

J.: Pero yo creo haber superado eso, no me interesa que me quiera nadie más que Adriana, ¿verdad? No me interesa, le repito, reabrir una relación, muchas cosas se han tenido que aclarar.

A pesar de que Adriana no me deja, trato de empatizar con él en esto y le pregunto:

T.: ¿Cuáles son las cosas que han tenido que aclarar?

J.: Siento inclusive que yo nunca hice falta en esa relación.

T.: ¿En qué sentido?

J.: O sea que nunca fui lo que en un momento pude haber creído que era. ¿No me entiende?

T.: No, sinceramente no.

J.: Que llegué a pensar con la misma vanidad que se siente

halagado de que pues... que no fue tal problema, que no fue tal problema para ella.

(Está hablando de la amante.)

T.: ¿Y eso lo tiene mal?

J.: No.

T.: ¿No? ¿No lo tiene mal? ¿Cómo es que le ha sido tan fácil a ella, a la otra persona?

J.: No sé. Yo no sé sinceramente por qué. Y a mí... yo me he sentido muy bien precisamente por eso. Aunque Adriana no lo quería creer, llevo meses sin ver a esa muchacha.

T.: ¿Y las llamadas para qué han sido?

J.: Las llamadas han sido para aclarar algunas cosas, algunos... muchas veces para preguntar por qué me ha pedido que llame. Me he reportado... Esto es. Una situación pues rara. Al principio creí que ella iba a sufrir mucho por mí o unas cosas de esas, pero no. Ahora estoy hablando, ahorita doctora, cosas que nunca había hablado con Adriana. Esto no sé cómo me atrevo a hablarlo. Yo lo que sí le puedo a usted decir, y a Adriana, es que no sigo viendo a esa mujer, que no me estoy quedando en mi casa por mis hijos. Se lo he dicho en muchas ocasiones a ella, que yo no voy a perder a mis hijos aunque me divorcie de ella. Nunca los voy a perder porque soy una persona que jamás perdería a mis hijos, aunque ella lo intentara inclusive, ¿verdad? Me quedo porque, créame, yo también quiero tranquilidad. He pasado por muchas cosas últimamente, por muchas cosas. Inclusive Adriana ni cuenta se da, nunca ve el mío, nunca ve lo que yo traigo, nunca ve mis problemas. Es natural, pues esos problemas son mucho mayores de los que yo pueda traer.

T.: ¿Y usted le habla a ella de los problemas?

J.: Mire, en las últimas semanas, que yo creí que estábamos muy bien, me sentí hasta ilusionado. Platicábamos, nos reíamos, salíamos bastante, inclusive platicaba algunas cosas del negocio y todo eso, de mis ideas, de mis objetivos personales. Inclusive cada vez que le he platicado algo en relación a esa idea, Adriana siempre trata de desanimarme hablando de lo que es la política, ¿verdad? Porque en el fondo a ella nunca le ha gustado. Adriana

relaciona la política con las amantes, relaciona la política con gente con la que a ella no le gusta tratar. Y para mí es muy difícil desviar el camino, porque yo me siento político y me gusta.

T.: ¿Qué dice usted de esto, Adriana? ¿De la falta de apoyo que José siente?

A.: Bueno, me da mucho coraje [enojo] que haya tantas consideraciones para él. Es que yo ya salgo sobrando.

Falicov (al público): Siguen aquí nuevamente una serie de acusaciones de parte de Adriana, ya entienden la tónica. Yo sigo dándole a ella apoyo para que exprese más sus sentimientos en forma directa. En un momento ella dice: “Yo, por ejemplo, no lloro porque trato de evitarle a él el llanto, porque a él le hace muy mal”.

Y yo le pregunto si a ella le ha resultado ser tan reservada en sus sentimientos. Es una pregunta que se la he hecho en las sesiones anteriores también, y pienso que en parte ha desencadenado también que ella se anime a hablar más francamente de los dolores que tiene, en lugar de una represión total. En un momento Adriana dice: “Me dedicaría a tener mi mente ocupada en cosas positivas...”:

A.: Me dedicaría a tener mi mente ocupada con cosas positivas, podría darles tiempo y mayor calidad a mis hijos también. Entonces a mí se me hace que estos últimos dos años has sido muy egoísta, José. A lo mejor no sólo conmigo, a lo mejor también con ella. Es más, fíjese, yo he pensado que nos sentemos los tres a platicar. Es demasiado elevado eso, ¿verdad?

T.: A lo mejor podríamos hablar los cuatro aquí.

J.: De lo que estoy convencido, doctora, es de que Adriana quiere tener todos los elementos para que esto no siga.

T.: ¿Para que “esto” no siga? ¿Para que qué “no siga”?

J.: Para que esto no siga, para que nuestro matrimonio no siga. Es un afán y un aferrarse a estar tratando de destruir. Yo he llegado sinceramente a la conclusión de que Adriana no quiere que nuestro matrimonio siga. No porque sea mala, sino porque

ella siente que no puede perdonar esa situación y que no va a ser fácil conmigo.

A.: Pero tú me has estado dando las armas, José.

J.: Sí, sí. Tú has buscado, por eso siempre he dicho yo que quien busca, encuentra, ¿no?

A.: No. Tú busca de mí lo que quieras y no vas a encontrar nada. Lo siento.

J.: Bueno... eh.

A.: Es que se me hace tan chistoso que se salga por ahí José. "No pues, es que tú buscas." Válgame dios, ahora resulta que no puede uno indagar porque el que indaga, encuentra. Pues no. Entonces quiere decir que si nosotros nos arreglamos y todo yo nunca debería volver a buscar, porque siempre voy a encontrar. ¿Entonces de qué se trata? Mejor dime: "Mira, yo no puedo vivir nomás contigo, yo tengo que tener sucursales que me estén alimentando mi ego". Y entonces yo eso veré si lo acepto.

J.: Me ofendes.

A.: No es que te quiero ofender, José. Es la verdad.

J.: ¡Cómo te gusta!

A.: Es lo que digo, cada vez que yo hablo siento que lo estoy ofendiendo. No lo hago con ese fin.

J.: No, pero en fin, ya estamos... Creo que lo que debo hacer es irme uno, dos meses. Un mes. Trato de no tener ahorita enfrentamientos porque es muy desgastante, doctora. Yo siento que para ella, para mí, para los hijos, que afortunadamente en eso ella ha sido muy cuidadosa y creo que yo también.

T.: Eso es muy positivo de parte de los dos, proteger a los hijos.

J.: Verdad, pero ahorita está la situación muy, muy...

T.: Sí, ya veo. Yo creo que sin embargo sí han habido cambios y que las cosas entre ustedes dos estaban un poco mejor. En parte estaban mejor porque Adriana había comenzado a tenerle más confianza y ahora ha salido lo de los teléfonos. Hay como una reversión a la situación anterior y cada uno de ustedes dice que el otro tiene el poder de cambiar las cosas. Usted dice que ella es la responsable por el futuro de esta relación y ella dice que es usted

el responsable porque no le da pruebas. Y yo pienso que los dos tienen razón, que ella podría ser quizás un poco más tolerante y que usted tendría que ser mucho más cicatrizante de las heridas de Adriana.

J.: Bueno, lo único que no he cumplido, probablemente, doctora, es no haber hablado con ella, el no haberle dicho. Pero además yo le dije a ella que me diera un mes... así le dije, un mes o más días, ¿verdad? No me puse una fecha, así dentro de un mes yo...

A.: Por eso el 1° de julio yo no te lo pregunté.

J.: Sin embargo a partir de esos días es cuando ella me ha estado diciendo que tenemos que hablar, ¿verdad? En eso probablemente no cumplí, pues va a ser un incumplimiento no tan drástico, ¿verdad? Para mí es muy difícil hablar, para mí es muy difícil hablar de eso con Adriana. Yo pido demasiado probablemente, pedir que ella trate de olvidar y que sigamos adelante.

T.: Que pudiera saltar estas páginas y empezar un nuevo capítulo...

J.: Yo creo que eso es demasiado para una persona como ella.

Falicov (al público): Cuando los responsabilizo de cierta manera a los dos, es probablemente estratégico. Sigo pensando que en realidad él tendría que poder ser más claro con ella pero no quiero confrontarme con él, no quiero tomar partido, y entonces digo que también ella podría ser un poco más tolerante. Quizá también, si él ha tenido una relación prolongada no es tan fácil cortarla en una forma muy violenta. Pero es interesante lo que pasa inmediatamente, que él empieza a responsabilizarse. Dice: "Sí, yo no he cumplido con una parte, es cierto". Reconoce que no cumplió con la parte de hablar al mes, ¿verdad? Y ella sigue dando más datos penosos, datos que demuestran que quizás incluso él quiere ser descubierto: llamadas telefónicas en las que una operadora de Ciudad de México la llama a ella y pide por la otra señorita. Evidentemente se han traspasado las comunicaciones, él está haciendo llamadas a las dos. Pide las dos llamadas y la que es de la otra llega a ella y la de ella llega a la otra. Hay un *crescen-*

do de nuevas informaciones y él termina diciéndome: “Yo no sé bien cuál es... depende, ¿qué es lo que tengo que contar? ¿Qué es lo que es necesario entender?”. Y entonces yo respondo: “Yo no estoy segura qué parte es necesario entender, es necesario probablemente aceptar que usted tuvo una relación amorosa”. Ahora, él parece preguntarle a Adriana si es posible aceptar, que él todavía necesita tener cierta amistad con esa persona y yo estoy tratando de demostrarle que en el presente eso es una gran amenaza para el matrimonio.

T.: Yo creo que probablemente sería al revés también, ¿verdad, José? Si ella hubiera tenido una relación con un hombre durante dos años y usted encuentra que todavía hasta hace poco ella le hablaba, quizá también lo encontraría muy desastroso para el matrimonio. Yo estoy de acuerdo con usted, José, en que no hay por qué contar todo, que no hay por qué preguntar qué camisa usaba la señorita, ni cuántas veces se acostaron, nada. No, no se habla de esos detalles, pero sí se podría apelar a ser entendido quizá, diciéndole a Adriana “estoy confundido y todavía no puedo”, cualquier significado que tenga para usted por qué no puede hablar, o ser más claro con la otra mujer acerca de sus limitaciones. En algún momento quizás usted podría decirle a Adriana: “Está terminado y créemelo, y aquí estoy para nosotros, para construir algo con bases más firmes”. Pero continuar las dos cosas no le permite la intimidad emocional con ninguna.

J.: Sí, inclusive doctora, nomás que mire, pasa esto: Adriana está dos o tres días muy bien, o a la mañana muy bien, y de repente cambia totalmente. Estamos muy bien una tarde y yo creo que estamos mejor, y al momento que pedí un agua mal pedida me responde con un reproche, con sus problemas, con ella, y entramos en crisis. Aquel día porque no sé si pedí que cerrara la puerta, vino el reclamo sobre el problema que tenemos ella y yo. Entonces es muy difícil también para uno.

T.: Esos son problemas que ustedes se gritan a calladas. Se reprochan porque todo está tan lastimado y confuso que cualquier cosa lo saca a relucir. Pero son cosas que estamos recién empe-

zando a trabajar. Y si existen regresiones a lo antiguo es difícil. Todos se confunden nuevamente. Si el vaso de agua hubiera sido pedido en un momento diferente pero, cuando hay sufrimiento de fondo, despierta toda la carga que ella lleva. Lo siento, José, ahora sueno como que también le estoy reprochando, pero creo que la situación necesita limpieza, quizás un poco más de transparencia. Sin detalles hirientes o riesgosos, como usted bien dice, pero todos necesitamos saber de qué estamos hablando. Si no, estamos todos muy confundidos, yo inclusive.

Falicov (al público): Entonces termina la sesión. Allí donde yo confieso que también estoy confundida acerca de qué está pasando, por esta regresión que hemos tenido, donde no es posible seguir hablando sin de alguna manera confrontar cuál es la crisis matrimonial. Ella comenta que había pensado que a lo mejor él tendría que haber venido solo a esta sesión, y yo le pregunto a él si eso es verdad y lo invito a que venga solo. Lo que sucede de aquí en adelante es interesante, y me lleva un par de sesiones con él solo empezar a conocer los detalles de lo que realmente está pasando con la otra mujer. Es una situación muchísimo más complicada de lo que aparece a priori. No es una relación que ha seguido por dos años en forma constante, pero es una relación continua donde hay un hijo. La amante es una prostituta muy fina, con gran inteligencia, que pensaba que si se embarazaba podía sacarlo a él de este matrimonio. Al mismo tiempo él se resistió durante esos dos años a dejar a su familia, con lo cual ella –si ustedes recuerdan, hay un momento en que el hombre se sorprende de que la otra mujer ya tampoco está interesada en él–, le da amenazas de que sí o no. Y como él no se decide, ella corta la relación. Entonces nunca sabremos quién fue realmente el que terminó la relación, es una combinación de los dos.

El primer tema de la infidelidad no sólo plantea desafíos éticos y relacionales, e ideológicos para el terapeuta, sino que también me ha permitido hacer reflexiones sobre varios tópicos que pienso elaborar en las preguntas que me hagan.

Un tema es el de los estadios conductivos y emocionales del

descubrimiento de la infidelidad, reflejados en la crisis y en la evolución del discurso del descubierto, y el del descubridor. Una de las cosas interesantes de esta sesión es que cuando la leí transcrita, el proceso coincide totalmente con tratados nuevos de infidelidad. Cada caso es único, pero también existen conocimientos especializados que quizá Bourdieu llamaría “las tecnologías del vivir”. En base a estos, quizá podría haber tomado un abordaje más psicoeducacional en esta sesión, porque lo que ella hace y lo que él hace son cosas bastante predecibles. Hay un artículo en el último número de *Family Process*, titulado: “Understanding Betrayals in Marriage”, que se traduce “Comprendiendo los engaños en el matrimonio”: un modelo sintetizado del descubrimiento de la traición y del perdón. Presenta un esquema cognitivo, casi conductista diría yo, y da una serie de estadíos. Demuestra que este estadío que nosotros acabamos de leer, en realidad es un estadío que sucede con mucha frecuencia, en el cual el descubridor verbaliza la sospecha, el descubierto niega la infidelidad, el descubridor continua presionando por evidencia, a veces pierde el control y entra en una situación obsesiva, y el descubierto siempre niega o minimiza lo que ha hecho. Es decir, este tipo de complementariedad y de escalación, aparentemente se da con mucha frecuencia. Uniformemente, el impacto del descubrimiento es devastador para los dos y tiene consecuencias a niveles cognitivos, emotivos y de conducta. Y la presencia de un tercero envuelto en las formas que hemos visto aquí, donde el descubierto, no ataca a la amante sino que de cierta forma la protege, o que se reporta, como dice este hombre, o que él responde a los llamados que necesita hacer la otra persona, es algo que también sucede con mucha frecuencia y que solidifica, paraliza esta situación triangular que se podría movilizar mucho más si el descubierto, en este caso el hombre, pudiera empezar a hablar mal de la amante. O decir alguna cosa que compare a la amante negativamente respecto de la mujer. Porque la mujer lo que necesita, como toda persona herida y traumatizada –porque parte de este esquema del descubierto y el descubridor en realidad encaja también muy bien con los síntomas que suceden en situacio-

nes postraumáticas-, necesita apoyo y afirmación. Ella tiene nerviosismos tremendos, ansiedades, palpitaciones, no puede dormir bien, síntomas bastante típicos de las personas traumatizadas.

El segundo tema tiene que ver con una reconstrucción a partir de una rotulación distinta del “nosotros”, a partir de nuevas construcciones relacionales.

Recuerdo que el año pasado empezamos a hablar con María Rosa Glasserman y Adolfo Loketek qué es lo que yo estaba haciendo en Estados Unidos, y una de las cosas que a mí me parecía interesante era que me estaba reuniendo con un grupo de profesionales en San Diego, no terapeutas familiares, algunos psicólogos, psicoterapeutas, sociólogos, un hipnotista, una pareja muy famosa que hace terapia gestalt... El motivo por el cual nos reuníamos como grupo de estudio era la idea de tratar de definir mejor qué es lo relacional. Con este grupo aprendí algunas construcciones nuevas. Como ilustración les cuento brevemente algo que pasó más tarde con esta pareja. Después de una separación de dos meses y de un reencuentro, y una vuelta a una terapia mucho más concentrada en un “nosotros”, yo empecé a utilizar un nuevo esquema, que viene de una escuela que no sé cuánto ustedes conocen, que es el centro de Wellesley, en Estados Unidos, un Centro para Estudios de la Mujer donde se desarrolla un intento de hablar de una terapia de conexiones y desconexiones, y un nosotros mucho más hablado desde el punto de vista de una unidad. Casi la mayoría de nosotros fuimos entrenados para preguntar sobre el comienzo de una pareja: “¿Cómo entre todos los peces en el mar ustedes dos se encontraron? ¿Y qué es lo que le gustó de ella? ¿Qué es lo que le gustó de él?”. En realidad esa es una forma bastante individual de hablar de un “nosotros”. Un nosotros basado en las necesidades de cada individuo, en las preferencias de cada individuo, en las elecciones que hace desde un punto de vista individual. El centro de Wellesley empieza preguntando: “Describame cómo es el ‘nosotros’”. “Si usted tuviera que hablar del nosotros de ustedes, ¿cómo es el nosotros?” Y yo hice un poco esto con esta pa-

reja y resultó muy bien, porque habla de una intersubjetividad, de una forma de crear un nosotros que uno puede hasta cosificarlo. Uno puede preguntar: “¿Cuál es el color del nosotros? ¿Cuál es la textura del nosotros? ¿Cuál es el sabor? ¿Cuál es la temperatura del nosotros?”. Y creo que ese fue uno de los movimientos que pude hacer donde se pueden unir desde otro punto de vista, de un punto de vista de crear un nosotros donde el género (en lugar de estar hablado en forma directa) está hablado en forma indirecta, a nivel proceso de la comunicación, porque es una terapia basada en un lenguaje más femenino, menos confrontativo, en un lenguaje de conexiones más que de aserciones personales.

Y con esto voy a abrir a la mesa.

Apertura a los comentaristas

Eva Giberti: Al exponer su técnica, la autora se refiere a la necesidad de modelos de intervención complejos y para proceder de acuerdo con esta tesis tiene en cuenta la semantización del discurso y las creencias culturales acerca del sentido del amor.

La descripción clínica es particularmente clara y se la puede encarar pensando que a veces la posición de un terapeuta puede provocar desenlaces clínicos según su comprensión de determinados indicadores. En este modelo los indicadores son la etnicidad (parejas en transición inmigratoria), el género y los matices de los vínculos que subrayan la relación intergeneracional (padre con su propio padre y padre con sus hijos, reconocidos y extra-matrimonial).

Una característica de la entrevista que presenta la terapeuta reside en que sus intervenciones aparecen como si fueran escasas; en realidad la sobriedad de sus palabras es la que facilita la exposición por parte de la pareja y permite recortar características significativas del desencuentro entre ambos. Cada uno de los miembros de la pareja, expuestos a la escucha profesional, evidencia modalidades que recrean en la entrevista una sensación de inti-

midad entre ese hombre y esa mujer, que pudo explicitarse merced al estilo de Celia Falicov. Y que facilitará probablemente el cierre de estas consultas.

LO INTERGENERACIONAL

En un trabajo anterior, Celia Falicov caracteriza el fenómeno que privilegia la relación entre padres e hijo, en especial del varón con su madre y no así entre esposos.

En este historial, el hombre conocía las infidelidades de su padre. ¿Dónde se ubica él cuando descubre esa infidelidad del padre? Puede hacerlo en el lugar del padre y también puede hacerlo en el lugar de la madre engañada o en el lugar de la amante. En esta entrevista también surge la relación entre la esposa y sus hijos adolescentes y la que entabla el padre con ellos; en paralelo, el pequeño hijo que el paciente-marido tiene con su amante, también se incluye, aunque de manera metacomunicada, en los diálogos.

EL SECRETO

Al subrayar la importancia del secreto, Celia Falicov elige una perspectiva interesante: se refiere al secreto de lo que no es invisible, o sea lo secreto visible, audible, evaluable, reconocible, a pesar de lo cual, se mantiene necesariamente como secreto para organizar este tipo de familia.

En lo evidente la paciente dice: “Me hice pelota porque descubrí el engaño”, adjudicándole al mismo su depresión, pero no es posible afirmar si la misma se debe al descubrimiento de la amante o si juegan otras alternativas que aparecen *condensadas* en dicha depresión: quizá sea preciso pensar en su edad (tiene hijos adolescentes) mientras la amante, a quien la esposa llama “la cabaretera”, seguramente es más joven y quizá más atractiva que ella. También podría influir la edad de sus hijos, que se están alejando de los cuidados maternos.

Cuando todos los comentarios se condensan en un solo punto como causa concreta de la depresión, conviene reabrir las preguntas para encontrar otras variables. De lo contrario, lo mani-

fiesto de la depresión de ella puede convertirse en punto de parálisis para la comprensión de lo que sucede.

La esposa está fijada a una escena; en ella predomina la dependencia de un hombre que le suscita enorme desconfianza dado que tuvo un secreto, un adulterio. No obstante es difícil admitir que esta esposa no registró, en algún momento anterior, la infidelidad del marido. Actualmente ella depende de un hombre indeciso, con posturas ambiguas que sostienen un secreto que ya no es tal pero que persiste, y que por eso le despierta desconfianza. Lo cual da lugar a un análisis de:

EL MARIDO

“Tú desgraciadamente no aprendiste a conocerme”, dice él. Es decir, pretende que los demás acaten los hechos como son, de acuerdo con su diseño de la realidad. Es posible relacionar su lógica con una índole de vinculación con su madre (estaba muy apegado a ella, en particular cuando supo que su padre la engañaba). Su padre se mostraba como aquel que se burlaba de la ley y de su compromiso con su mujer, y el protagonista de este historial se le asemejaría.

Él insiste en que ya pasaron dos años del descubrimiento del engaño, como si ese fuese un argumento mayor.

La ambigüedad en muchas de sus respuestas evidencia un estilo en cuanto a su forma de tomar decisiones con estilo de esgrimista: provoca y zafa, toca y se retira; pero ella es la que avanza y logra alcanzarlo con algunos puntazos.

DOS LÓGICAS MUY DISTINTAS

1) La de él: toco y me voy (pero me quedo). Me quedo en esta casa oficial. Me quedo dentro del juego que ambos hacen. Hierre al tocar y produce una herida dolorosa pero no mortal.

2) La de ella: puede analizarse desde la perspectiva de lo que ella denomina sus ataques de furia.

Sostiene que él se asusta de sus ataques de furia: pienso que es ella la que se asusta de sí misma, de su propia furia.

Lo que la enfurece es que ella vivió en Babia durante años, lo

que implica el desconocimiento de los hechos por un tiempo. Al darse cuenta aparece la furia por haber sido sustraída del mundo, cuando en realidad se sustrajo ella. Freud llama “recuerdos póstumos” a aquellos recuerdos que producen efectos muchísimo tiempo después y que son el resultado de haber sido herida y no haberse dado cuenta en el momento.

La esposa tuvo que luchar con un sentimiento de desconcierto y furia por asustarse de su propia furia y en lugar de liberar la ira en el momento en que debió haberlo hecho, intentó resolverlo mucho más tarde, multiplicando la furia y superponiendo escenas antiguas y actuales. Utiliza la lógica de la fóbica: asustarse de su hostilidad, de los recuerdos guardados, postergados.

La terapeuta interviene pidiéndole ejemplos, intentando centrarla en el tema más allá de lo que la paciente subraya como depresión. Entonces la mujer utiliza las expresiones de tipo geográfico –de localización–: “cerca y donde” lo cual es propio del discurso de los fóbicos respecto del contacto.

Para ella, un riesgo reside en desubicarse, de allí cuando dice “donde”, se refiere a lo que “le pasó”. Ella se desubicó cuando advirtió el engaño, como si careciese de brújula pero en realidad su posibilidad de orientación estaba dada por su deseo hostil: poder decir lo que le produce rabia. Y no evitarlo, pese a que se asuste de sí misma: ese fue el camino que no pudo hacer en su momento. No pudo expresar su deseo hostil quizá temiendo quedarse sola. No advirtió que elegía la soledad encubierta de la persona que aplaca y calla el deseo hostil sin darse cuenta de que está sola: es lo que le ocurrió cuando vivía en Babia.

Su deseo hostil actualmente reconocido pide definiciones porque ella estuvo indefinida durante estos años, lo mismo que él respecto de dejar o no a su amante. Por distintos motivos hubo una alianza entre ambos, alianza en la indefinición. El varón se inquieta y enoja cuando ella empieza a definirse porque en él la indefinición es deliberada, en cambio para la mujer constituyó una forma de la vida de fantasía, una forma de autoengaño.

Ella parece sobrellevar con una deformación masoquista de

la personalidad cuando le dice “¿Tenés miedo de que te toque una herida?”, cuando en realidad la herida es ella. Aparece el verbo tocar propio de modalidades fóbicas, en este caso acompañadas por elementos depresivos. Cuando la esposa muestra su fragilidad pensando que él debe sufrir lo mismo que cuando a ella le tocan una herida, se identifica con él y se defiende: le responde que no lo quiere herir.

El paciente maneja recursos pragmáticos que suelen aparecer en pacientes de tipo paranoide, son los que instalan la injusticia en el mundo: los otros son los injustos; él la acusa: ella es injusta. Como si le dijera “¿cómo no entendés que tenga una cabaretera?”.

Es un paciente que parte de los hechos porque de ese modo instaura su ley: esto es así como yo lo diseñé. Supone que su necesidad es la ley, con lo cual coincide con la lógica del patriarcado.

La terapeuta mantiene permanentemente su atención acerca de esta característica: se lo advierte en sus intervenciones cuando no transige con las argumentaciones que el marido formula desde esta posición paranoide, y sus acotaciones tienden a reposicionarlo señalándole la arbitrariedad de sus planteos.

ENTRAMPAMIENTO DE ELLA

Parte del entrampamiento de la paciente respecto de esta situación depende del hijo de él con la amante: ella no puede zafar de esa escena. El entrampamiento podría derivar de la identificación de la esposa como madre de ese hijo pequeño. Ella dice que el hijo de ella con su marido habla de fútbol y juega al fútbol con él, lo que permite conjeturar que no quiere sustraerle ese padre al hijo de la otra. Este es un problema fuerte para ella, que se desprende de la descripción que Celia Falicov hace de la paciente: puede pensar desde la culpa que suscita el “pobre chico”.

La paciente está inmersa en el mundo de las contradicciones semánticas: quienes tienen estas características (culpa y autodesvalorización) suelen estar a merced de alguien injusto: es una relación paradigmática entre quien se autoreprocha; suele quedar a expensas de un personaje despótico que instaura una ley en su propio beneficio, y a quien no se puede denunciar.

Suele entenderse la injusticia del otro más ligada al desamor que al reconocimiento de esa injusticia, lo que implica una alteración de la lógica de lo injusto, por ejemplo cuando la esposa afirma: “no quise herirlo”, en lugar de decir: “Si me dio una patada, se la devuelvo”. En cambio, si la agreden se refuerza su sentimiento de culpabilidad, en este caso con el marido, que se presenta como víctima de ella. Resulta evidente que cuando él sostiene “Si no hay voluntad no hay amor” está forzando el perdón y es probable que continúe su relación con la amante. Sus respuestas tienen la característica de los componentes pragmáticos destinados a desorientar al otro y confundirlo. Son elementos frecuentes en las paranoias: en estos pacientes las palabras funcionan como actos en los cuales hay una distancia entre el decir y los hechos reales. Las palabras de ella, en cambio, se relacionan más con un reclamo amoroso.

LA PAREJA ANTE LA TERAPEUTA Y SUS CONTRADICCIONES Y PARADOJAS

Si observásemos desde la paciente los procedimientos de su marido para con ella sería como si, imaginariamente, él le dijese: “Vamos a ir a un terapeuta porque como vos no sos feliz, yo sufro”.

Entonces ella intenta que él sea feliz tratando de sentirse bien; el marido utiliza una mecánica típica de las estructuras narcisistas, uno de cuyos núcleos es una imposición al sentir del otro, una exigencia intentando que el otro sienta de otra manera: “yo quiero que vos seas feliz”. Por decreto.

El marido se aprovecha de un conflicto de su esposa y él se monta sobre algo que no es una orden sino una exigencia: “veamos a una profesional”. Esta decisión del marido se instala en la relación que ella tiene con su superyo, tema que Celia Falicov, con otras palabras, señaló durante la entrevista.

El núcleo de la exigencia se caracteriza por que tiende a llamar amor al egoísmo. Cuando se exige un sentimiento se suele decir que es porque uno ama, y en realidad se trata de egoísmo. El marido exige desde el argumento del amor que tendría hacia su esposa pero se trata de egoísmo destinado a mantener la rela-

ción con la amante y el pequeño hijo. Cuando la esposa cuestiona esta exigencia surge la contradicción semántica: se denomina amor al egoísmo y surge el reproche por parte del egoísta.

CONCLUSIONES ACERCA DEL MATERIAL APORTADO

Para este matrimonio, el problema no existiría si ella aceptara la situación: el esposo manteniendo relaciones con su amante. Pero la esposa se coloca en una situación paradójica: acepta la ley general y se presenta a sí misma como el síntoma, pidiendo disculpas porque, cuando se siente mal le plantea al esposo diferencias y discusiones acerca de la situación.

Podría pensarse que cabrían dos alternativas:

1) la esposa se podría “normalizar” formando parte de las mujeres que aceptan las relaciones extramatrimoniales de sus maridos

2) o bien evaluar que su síntoma no es síntoma y que la esposa debería plantear la situación doméstica-matrimonial con más energía, por ejemplo, que el marido abandonase a “la cabaretera”. Y aun que pudiera incorporar al hijo pequeño (habido con la amante) en su casa “legal”.

LA TERAPEUTA

La terapeuta pone el énfasis en relación con el presunto síntoma de la esposa: entonces tendría que recurrir a un tratamiento individual para poder adaptarse a una “legalidad” que primero aceptó y ahora sufre. O bien el síntoma depresivo podría ser entendido como denuncia de los hechos, de acuerdo con la lógica que la esposa pone en juego. Lógica que le impide reconocer que su marido no solamente la engaña sino que además tiene rasgos de personalidad que lo muestran como un prototipo de producción patriarcal en la cual los varones pretenden disponer de toda índole de derechos, sin ser molestados por los legítimos reclamos de sus esposas.

La terapeuta piensa que no puede ser que el divorcio sea la alternativa única y plantea otra, teniendo en cuenta que algo une intensamente a esta pareja. Pero como alivio de esta situación, la

terapeuta se niega a ilusionarse sabiendo que en cuestiones de amor no es sencillo encontrar alternativas. Amor entre ellos hay, pero ¿de qué clase?

La terapeuta le pide definición al varón y le solicita la inversa del sentimiento de injusticia, según él lo plantea. Ella le dice: "Si usted se pusiera en los zapatos de ella". Le pide reciprocidad, pero todo choca con que el marido es un mexicano que tiene incorporadas decisiones y convicciones de género masculino respecto del lugar que ocupan las mujeres en sus vidas. Pero al mismo tiempo, un fragmento de él le da la razón al otro. O sea que no sería sólo un mexicano. Sino un mexicano que como todo ser humano dispone de varias corrientes psíquicas.

La cultura impulsa con mayor o menor eficacia determinada corriente psíquica, una más que otra; en este ejemplo atraviesa por la desmentida, que le permite ser adúltero y mantener estructura de *Casa-grande & senzala*. La terapeuta se apoya en fragmentos de la argumentación del marido porque además de su concepción patriarcal y paranoide de los vínculos con la esposa, él cuenta con otra lógica: por algo sigue viviendo con su mujer, con lo cual mantiene la lógica de la reciprocidad de los vínculos. El tratamiento sería imposible si la terapeuta no tuviera también un aliado en el paciente.

Se reconoce esta perspectiva cuando Celia Falicov describe su vivencia: "A veces sufro por el varón". Parte de lo que dice la terapeuta resuena en el aspecto del paciente que no sólo es un adúltero aceptado por ambas mujeres.

En este historial se encuentran los componentes antropológicos más notorios referidos al machismo latinoamericano; pero el riesgo de la antropología ingenua es suponer que el sujeto que se investiga es unitario.

En la práctica nos encontramos con gente sufriendo y sobrellevando como puede su mundo pulsional. Se trata de descomponer la presunta unidad en partes y abundar en reflexiones acerca de ellas.

Celia Falicov dice que el paciente coloca a la otra mujer en competencia con la esposa o sea, desplaza el cuadro a la pelea en-

tre dos mujeres. Estaría utilizando a la amante ante su esposa. El paciente entendió muy bien esa interpretación, así como la lucidez de la terapeuta que le dejó entender que ella no creía que él hubiese cortado su relación con su amante. La terapeuta le hace notar que tal como procede no logra intimidad con ninguna de las dos mujeres.

Falicov habla del emparejamiento: la mentira es arma de doble filo y no se logra intimidad con ninguna de las dos mujeres. Cuando Celia Falicov lo interpreta, él lo entiende como una denuncia delante de la mujer, lo cual se comprende porque él tiene una escucha pragmática: “¿qué quiere decir, para qué me dicen esto?”.

Falicov se refiere a la complacencia de él, subyacente a su propuesta. Esa complacencia remite a las solicitudes que lo apegan a la madre, por ejemplo cuando argumenta que él no puede decir que no, podría relacionarse con su indefinición, quizá semejante a la que registró en su madre.

Si este tratamiento implica evitar el sufrimiento de la gente, Celia Falicov lo asume al referirse al sufrimiento del varón, no sólo al sufrimiento de la mujer.

Para acompañar a esos consultantes es necesario, según lo llevó a cabo la terapeuta, tener en cuenta los múltiples factores que apuntan a los rasgos de carácter y a las defensas.

Descomponer las partes y dar cabida a modalidades que antropológicamente cuentan con una fundamentación, permite pensar que aquí se trata de una infidelidad sostenida por las prácticas culturales del país de origen de los consultantes, lo cual nos enfrenta con una estructuración de familia que acata la ley que autoriza al varón a “tener dos mujeres”. Pero tampoco cabe explicar los hechos con variables que relativicen las conductas del varón que consulta con su pareja. No correspondería medir cada transgresión de los sujetos con la vara que su cultura le transmitió, cuando se trata de historiales como el que nos interesa; porque conduciría a justificar cada uno de los procedimientos que implican una descalificación del género mujer.

La terapeuta evidenció no sólo su interés por la pareja sino el

compromiso intenso y transferencial con el sufrimiento de ambos, lo que constituye un eje de significativa importancia en este tipo de abordaje psicoterapéutico. Y esto, conjugado con el registro sistemático de las paradojas que se ponían en juego, promete un tratamiento eficaz y aliviante para este matrimonio.

María Rosa Glasserman: El tema de la infidelidad es de difícil abordaje y divide en opiniones al campo terapéutico, ya que para algunos se corresponde con patología, como respuesta a una conflictiva conyugal, en tanto que para otros la infidelidad es inherente a la condición humana.

Es interesante observar cómo resuelven las parejas, que como casi todas, inician su relación con una fantasía de completud y eternidad, la desilusión que necesariamente acaece y conduce a la incertidumbre relacional.

Hay un pasaje evolutivo que colabora en la resolución de los ideales que se ponen en juego al conformar una pareja.

Uno de los más fuertes se refiere a la idea de: 1) la perdurabilidad eterna del tiempo de enamoramiento; 2) la perdurabilidad eterna del matrimonio “hasta que la muerte nos separe”.

Esto implica: a) pensar en la institución “pareja matrimonial” como independiente de las crisis de los individuos que la componen. También: b) la idea parmenideana de que el ser humano es inmodificable, estable, con elecciones para siempre.

Otros ideales se refieren a: 3) la perdurabilidad eterna de la fidelidad, a la posesión sexual exclusiva de los cuerpos; 4) la convergencia eterna en la pareja matrimonial de amor, deseo, procreación y realización personal.

Una salida posible de resolución a estos ideales es el doble encuadre: esposo/amante, aceptado en algunas culturas por estar incorporado de hecho, como la casa grande y la casa chica, en algunos países latinoamericanos.

De hecho, esto implica, en la mayoría de los casos, la ruptura de la relación.

Ayer mencioné en mi presentación clínica, lo que Carlos

Fuentes le hace decir –en su novela– a Frida Kahlo: que el problema de la infidelidad no consiste en acostarse con otras y/u otros, sino que, de hecho, muchas veces la infidelidad no tiene que ver con el sexo, sino que se trata de establecer intimidad con la otra persona. Claro que la intimidad es secreta y el secreto requiere mentiras para proteger la intimidad.

Eso se presentaba con claridad en el caso de ayer, no sé si en el de hoy, ya que cada caso es singular. Y aquí es dónde me gustaría que Celia Falicov me dijera si se indagó qué de este vínculo incompleto, como todos los humanos, necesitó él ir a completar afuera y de ese modo.

Acuerdo con Paolo Fabbri, un semiólogo contemporáneo, que en su libro *Táctica de los signos* se refiere a los secretos como tácticos, estratégicos, cuya característica más apasionante es la continua movilidad de la información secreta. Esta movilidad implica romper con la imagen del esqueleto en el armario y más bien considerar el secreto como “un secreto de polichinela”, es decir irrisorio.

Lo que lo hace irrisorio es su descubrimiento, que no significa desaparición, sino desplazamiento. Nos interesa –dice– más la circulación de los secretos, que su naturaleza, la modalidad de su proceso. Es decir el efecto relacional.

Droeven y Najmanovich, en el libro *Más allá de pactos y traiciones*, se refieren al abuso de un modo que yo aplicaría a la infidelidad cuando dicen: “Un enfoque de la complejidad [...] implica la posibilidad de tener en cuenta la nueva dimensión del género en los análisis vinculares, pero permitiendo que esta sea atravesada por otros modelos, que incluyen el de las causalidades circulares, pero que le imprimen nuevas formas, gracias a la interacción modelizadora que toma en cuenta la historia vincular, el nicho sociocultural, el contexto específico en que se dio la situación caratulada como abuso” –dicen las autoras–, como infidelidad –digo yo–.

Quiero agregar ahora algunas preguntas (a Celia Falicov), y un comentario. Voy a ser breve porque me gustaría que contestes alguna de estas cosas. En la entrevista él afirma, en algún mo-

mento, que no mantiene la relación con la otra mujer... No sabés todavía. Bueno. La pregunta es: ¿cómo te sentiste luego, cuando lo supiste?

Falicov: ¿Puedo contestar ahora?

Glasserman: Sí.

Falicov: La primera pregunta que me hiciste tenía algo que ver con qué es lo que le faltaba en esta relación que la tuvo que buscar...

Glasserman: La idea es que alguien va a completar afuera lo que no tiene adentro, en ese sentido.

Falicov: Es una pregunta muy importante. Ayer creo que Carlos Sluzki comentó que si hay un affaire, hay un contra-affaire. Yo no diría que descubrí eso en esta situación, si había un contra-affaire de parte de ella, no sabría decir qué viene primero o cuál es la circularidad entre las cosas. Ella está muy dedicada a la obra social, muy dedicada al afuera mexicano social, pero muy bien hecho, es decir, en una forma muy humanitaria, y eso le consume mucho tiempo. En realidad hay una enorme atracción sexual entre ellos dos, desde muy temprano. Una de las cosas que me cuentan del nosotros al principio es que él era muy pasional. Pero ella siempre tenía, y quizás ahí viene lo que dijo Eva, algo fóbico, algún tipo de pudor. Y él tiene una historia larga de experimentación sexual de joven. Una de las cosas que probablemente faltaba era una mayor apertura sexual entre los dos, que sucede más tarde en la terapia.

Glasserman: La otra cosa que yo quería comentarte de nuestro modelo, es una frase que dice él. Yo sé que me pueden matar porque acá defendieron muchísimo a la mujer más que al hombre, pero será porque en mi larga carrera de terapeuta yo tuve tantas mujeres como hombres infieles, así que no las considero víctimas (algunas veces son víctimas, pero no siempre). Y él en un momento dice: "Nunca fui, nunca pude haber creído que era, yo nunca hice falta en esa relación", dice él en la relación con ella, como que él no tenía un lugar al lado de ella, como que no fue confirmado, en términos de Laing, ¿no? Bueno, ¿qué?

Falicov: Esta frase de él se refiere a la amante, no a la esposa, dice que lo sorprendió la reacción tibia de la amante a la ruptura.

Glasserman: Había otra pregunta... ¿cómo te sentiste luego cuando te enteraste [de que él tenía un hijo con la amante]?

Falicov: Terriblemente engañada.

Glasserman: Sí, se nota un poquito (*risas*).

Falicov: Sí, como que él había violado un pacto de acuerdo conmigo también. Porque el pacto era que él iba a hablar al mes, empezar a contar algo que permitiera empezar un diálogo con ella, pero ya había comenzado un diálogo conmigo. Sí, parte de mi subjetividad y de mis propios valores es que me siento engañada por él. Pero tampoco soy tan inocente como para creer que toda la gente que viene a terapia cuenta todo. En realidad pienso que los secretos al terapeuta son muy prevalentes. Con respecto a víctima-victimario yo tampoco considero que la mujer es la víctima y el hombre es el victimario. En este caso en particular podría ser por la mentira, por el engaño prolongado, pero podría ser al revés, podría ser que el hombre sea el engañado por mucho tiempo.

Glasserman: Después decís que podrían venir los tres. Cuando hacés esa propuesta, te quería preguntar si era una intervención en serio, y si fuera en serio –porque no sabía si era irónico o no–, ¿cómo llegaste a la construcción de la idea?

Falicov: Ah, es una idea muy vieja.

Glasserman: ¿Pero la llevaste a cabo alguna vez?

Falicov: Con ellos no.

Glasserman: ¿Pero lo hiciste alguna vez?, ¿invitar a los amantes?

Falicov: Sí, lo he hecho.

Glasserman: Bueno, después me gustaría que lo cuentes.

Falicov: Es más una provocación picaresca que la realidad. No sucede tanto en la realidad pero muchas veces lo traigo, y es una idea muy vieja. Carl Whitaker todo el tiempo lo hacía.

Glasserman: Con respecto a la no confirmación: “Adriana ni cuenta se da, ella no ve más que problemas, nunca ve el mío, nunca ve lo que yo traigo, nunca ve mis problemas. Nunca puedo ha-

blar con Adriana, fíjese el sentido que le dio, le da coraje [enojo] que yo me reporte pero a mí nunca me ha dado una consideración". Quiero darle lugar también a los otros pero quería destacar una de las intervenciones, porque yo creo que esta pareja no ha dialogado mucho, y creo que hay una intervención tuya, particular, que estimula mucho el diálogo entre ellos: "¿Usted sabe lo que José piensa de todo esto que usted está diciendo?". "No, no sé qué piensa porque conmigo no habla." Así que a partir de ahí es como que empezás a abrir un juego de dialogar.

Falicov: Yo creo que puntualizas muy bien la complementariedad, la reciprocidad, las circularidades entre los dos. Lo que pasa es que en este momento de crisis es muy difícil responsabilizar a ella. ¿Qué hizo usted? ¿Verdad? Eso sucede más tarde. Yo pienso que en el momento en el cual hay una persona muy traumatizada, muy sintomática, tratar de responsabilizarla por lo que no ha hecho es una forma de vulnerabilizarla más todavía. Entonces, me cuidó de hacer eso. No quiere decir que no tenga en mente que en algún momento tendremos que entrar a hablar de la circularidad de los dos. Sí. Yo soy realmente un mediador de la conversación.

Adolfo Loketek: Cuando nos encontramos esta mañana con Celia Falicov y pensábamos cómo trabajar en esta mesa yo le propuse que hiciéramos una experiencia de diálogo. No sé muy bien como es eso, pero supongo que lo que caracteriza esa experiencia es la pregunta, la respuesta, la nueva pregunta, la respuesta.

¿Qué me despertó en principio haber leído lo que mandó Celia Falicov, y qué me siguió despertando escucharla? Me resonaron algunas palabras y un referente que me acompañó cuando leía este material, que era Otello. Acepto que la influencia de Otello en este material puede salir también de haber visto la ópera hace unos días. Y pensé: "¿Por qué Otello?". Y pensé: "¿Cómo se satisface una investigación?". ¿Cuándo alguien puede decir "llegué a la verdad"?

Primer punto: ¿con qué realidad trabaja el terapeuta. Porque

lo que me interesaría es centrarme –ya mis colegas hablaron de los temas más generales– en qué hacemos los terapeutas. Y los terapeutas hacemos lo que hacemos en sesión, se supone que eso está muy influenciado por todos nuestros esquemas y nuestras teorías. La primera cosa entonces es ¿qué es eso de la realidad?, ¿cómo pensás, si la pensás?, ¿cómo lees y cómo recibís el material y las palabras de estas personas y sus gestos? ¿Cómo podríamos pensar ese punto? Segundo, van dos preguntas y un comentario. El encuadre, ¿es importante? Yo pienso en este momento que es fundamental. ¿Y a qué llamo el encuadre en esta experiencia? ¿Cómo vamos a pensar el hecho de que el hombre venga solo, o que la mujer venga sola? ¿Por qué se da esa caracterización de esa relación que comienza? Así y de esta manera. Y ya considero que la relación de alianza de pareja, pensémosla también como quizá se concretiza en la relación de alianza que se establece en el sistema terapéutico. Y si lo pienso así, algo del orden del secreto ya está instalado desde el vamos. La entrevista individual que Celia Falicov nos invita a pensar como incorporada a la terapia de pareja nos plantea el problema y la realidad, real y permanente –permítanme este juego– del secreto en las relaciones humanas. El tema es qué hacemos y si hay diferenciación entre un tema de secreto como secreto, como engaño, como ocultamiento, como mentira o como traición. Creo que hay diferencias y hacen patologías. Estas eran las dos preguntas, cómo se va construyendo el encuadre y si tiene esa significación la relación entre encuadre y pacto de alianza, las relaciones de alianza. El tema de qué es lo que quiere saber uno, o cuándo se calma el saber y si se calma alguna vez, o cómo se calmó en Otello.

Y una tercera cosa es que seríamos invitados a pensar en la economía de mercado aplicada a las relaciones humanas significativas. Anoche estuve en una reunión familiar, y el discurso de un economista era que los economistas en este momento se ocupan del mercado. Parece que los políticos, según la definición, se ocupan del Estado. Y yo pensaba: “¿Y de qué nos ocupamos nosotros, los que nos definimos en algún momento de nuestra actividad de vida como terapeutas?”. Esto me lo aclaró, en mi mane-

ra de pensar, tu último comentario: ¿se puede universalizar algún concepto? ¿El amor es universalizable? ¿Se puede generalizar? No. Para mí el terapeuta se ocupa de la singularidad única, y del ser único de cada ser humano. Por eso me pareció interesante la concepción que el señor tenía del amor. El señor dice: "Para mí el amor es voluntad y perdón". Otello decía que el amor, cuando la seduce a Desdémona, le despertó amor y cree que le despertó haber logrado la admiración de Desdémona por cómo él contaba sus aventuras.

Falicov: Bueno, la primera pregunta que me hiciste fue cuál es la realidad, por qué en algún momento necesito saber la realidad. No necesito saber la realidad de los sentimientos de cada uno... no es ese tipo de indagación. Tiene más que ver con cuántas personas están en esta cama o en esta sesión. Si existe un tercero que está siendo visto activamente, y él viene a la terapia simplemente para mantener una situación de calma de parte de la mujer, en la que no puede haber una transformación real de las relaciones porque no conozco cuáles son... Es incluso una forma muy simple de pensar: ¿cuál es la composición familiar? Si hay un amante hay una composición familiar diferente, es como tener otro miembro en la familia. Y entonces parte de preguntarle a él... Lo que hacíamos hasta ese momento estaba basado en la posibilidad de un "nosotros" que siga. Porque yo no sé si él, ¿cuál es la realidad de él en ese sentido? En ese sentido, la realidad de él es cuántas personas están dentro de su cabeza. Por eso hago esa pregunta y puedo darte la respuesta. Por supuesto, los secretos siempre existen en las relaciones humanas, y no necesariamente son malos. Uno podría pensarlo en una forma más neutral en el lenguaje que estaba hablando, este lenguaje relacional, las terapias pueden ser terapias que se ocupen de hablar de conexiones y desconexiones. Los secretos son desconexiones del nosotros porque son cosas que uno se guarda, si la intimidad está basada en parte en la autorrevelación. Pero también los secretos, las desconexiones pueden estar a favor del nosotros en el sentido de que no se dice todo precisamente para preservar una relación. ¿En qué momento los secretos se vuelven destructivos? Quizá porque

son engaños permanentes a otra persona, que basan su sentido de ser amado en las mentiras. Entonces uno podría preguntarse: ¿qué desconexiones, si los secretos son desconexiones, están a favor de una relación y cuáles van en contra de una relación? Yo haría ese tipo de preguntas más que una generalización tal como “los secretos siempre son buenos” o “el amor siempre tiene una definición en particular”. ¿Cuál es el significado de desconexión para la pareja en particular? Con respecto a la idea de si hay cosas universales, lo que quise decir es que sabemos que cada caso es único y es parte de nuestro trabajo entender la idiosincrasia y el poder empatizar con el lenguaje particular, con los valores, con la ideología de cada familia. Pero hay también conocimientos especializados sobre tecnologías del vivir que aparecen en los libros que uno compra en Estados Unidos, que te dicen cómo curar una adicción, o cómo subir tu autoestima. Y yo pienso que en lugar de descartarlos totalmente es parte también del armamento, lo mismo que Otello. Es decir, tenemos muchísimos tipos de armas y algunas de las armas, trabajos escritos sobre infidelidad, pueden ser útiles como mapas generales que permiten pensar cuáles son las posiciones del lastimado y el lastimador, cuál es el discurso que presentan al principio de la terapia. No porque sean universales en las parejas, pero son generalizaciones basadas en las observaciones de muchos casos, donde hay ciertos temas sobre los que sería importante averiguar en qué formas se manifiestan idiosincráticamente.

Loketek: El otro comentario es: ¿cómo recortamos los problemas de la pareja en consulta, y especialmente por este tipo de situaciones? Yo quedé bastante focalizado en el juego de “descubridor descubierto” que vos habías traído, y me preguntaba por qué dos personas necesitan jugar ese juego. Obviamente debe también estar puesto algo del orden del deseo, como decía Eva Giberti. ¿Qué otra cosa despierta el deseo en esta pareja? Si definimos el amor no solamente como búsqueda de completud –como podría plantear María Rosa Glasserman– sino también como el deseo de buscar aquello que yo no tengo, desear lo que no tengo, ¿cómo hemos de entender ese juego “descubridor /descubierto”?

Este es un nivel. ¿Por qué tan fijado en eso? Porque pensaba: ¿cómo evaluó una sesión terapéutica?, ¿cómo evaluó un proceso terapéutico en este tipo de consultas? Me parece que un dato a tener en cuenta es si este juego se ha modificado en parte, o si cualquier enunciado es inmediatamente seguido por la repetición del juego. Me parece, por lo menos en mi experiencia, que es un indicador en un tratamiento prolongado (esta experiencia lleva alrededor de veintipico de sesiones)... ¿Cuáles son los indicadores? ¿Se ha logrado despertar cierta curiosidad no persecutoria? ¿Hay cierto deseo del otro que de alguna manera no esté centrado solamente en este juego? El segundo tema es el de la casa grande y casa chica: ¿cómo hemos de entenderlo en la sesión, en las parejas que consultan? Porque si esto es culturalmente aceptado en distintas comunidades, no todas consultan. ¿Habrá alguna singularidad de las parejas que consultan? ¿O se da el juego de tal o cual manera? A mí me pareció interesante que el juego de la casa grande y la casa chica también se da de alguna otra manera, como decía Celia Falicov, con la presencia, o intromisión, o relación, que se establece con las casas y las familias de origen de cada uno de los miembros de la pareja. Este es un comentario y una pregunta.

Falicov: Sí, es muy buen punto, porque yo creo que en realidad hay menos casas chicas, y hay menos consulta por casa chica porque hay un cambio ideológico acerca de las formas de la familia y un movimiento hacia la pareja romántica más que a la pareja intergeneracional, que es lo que decía Eva Giberti. Cuando el matrimonio está incrustado en un contexto intergeneracional hay cosas que son mucho más aceptables a través de generaciones. Actualmente también hay protestas mayores de la mujer acerca de la posición de la casa chica porque es una posición de excesiva complementariedad y en realidad lo que se hace hoy es una búsqueda de simetría. Uno podría hacer un análisis completamente diferente de esta sesión hablando de Adriana, que busca simetría y recuperar su poder a través entender mejor cuál es su posición, en lugar de estar en la posición oprimida.

[Se abre el debate al público.]

Hombre 1: Primero quería decir que me parece un trabajo realmente magnífico. Fue un placer escuchar a Celia Falicov, y a todos los demás. Quiero referirme a la película de Charles Boyer, *Gaslight*, de la que habló Falicov. Según recuerdo, en esta película hay un juego de poder muy fuerte. Entonces, en ese contexto de juego de poder, me pregunto: ¿qué posibilidades tenía la señora de hacerse la pavota o estar en el aire? ¿En qué medida no era una situación en la que realmente estaba dominada y no enloquecía pero sí estaba dominada?

Falicov: ¿Si ella estaba realmente dominada o...?

Hombre 1: Si al estar dominada realmente estaba como en Babia, o si el dominio la sumergía en una situación de confusión, como la situación de Ingrid Bergman en la película. Para mí es distinto una situación de confusión a una situación de estar en Babia. Porque estar en Babia implica psicológicamente otra serie de mecanismos que la confusión, si es que yo entendí bien qué se planteó acá.

Falicov: Yo creo que posiblemente sean las dos cosas, en el sentido de que no está más en Babia porque tiene suficientes elementos para empezar a cuestionarse dónde está parada, pero que al mismo tiempo es confuso. Porque una de las cosas que no hablamos pero que ayer en la presentación de María Rosa Glasserman estuvo muy presente –lo hubiéramos visto mejor si hubiera un video– es que esta es una pareja extremadamente atractiva en lo físico. Uno podría pensar que la cabaretera, que es un poco más joven, sería mucho más atractiva. En realidad esta es una pareja con una gran presencia corporal y una conexión a un nivel no verbal bastante fuerte, que pienso que en realidad a ella la confunde. La confunde porque es un hombre muy atractivo que por momentos la trata en una forma muy cariñosa y por otros momentos de una forma muy fría. Hay un juego de conexión y desconexión muy fuertes.

Mujer 1: Quiero agradecer mucho la presentación. Me despertó muchas reflexiones pero sobre todo me interesó mucho, aprecié mucho tu posición en esto de empatizar con él por un lado para permitir un cambio real o posibilitar que sucediera algún

tipo de cambio, pero por el otro legitimar todo el tiempo la necesidad de ella de saber la verdad. Yo te quería hacer tres preguntas que están relacionadas entre sí, quizá son un poquito generales y tienen que ver con los modelos que planteaste al principio sobre cómo conceptualizar el tema de la infidelidad. La primera es si creés que siempre o casi siempre la infidelidad tiene que ver con problemas en la pareja. Uno podría pensar, bueno: ¿qué pareja no tiene problemas? Y entonces: ¿por qué, cuál es el límite? ¿Por qué en algunas sucede la infidelidad y en otras no? Y si entonces se lo puede pensar siempre relacionado con un nosotros, con este nosotros del que hablabas, ¿o hay variables individuales en juego?

Falicov: Te voy responder en forma casi categórica. No, no pienso que siempre hay problemas relacionales, pienso que el contexto en el que sucede va a estar rodeado de problemas relacionales, pero si me preguntás cuál es la causa, es algo más complejo. Puede ser que a veces sea un síntoma de una necesidad de individuación de parte de alguien, de gente que se casa muy joven, que no ha tenido experiencias sexuales, muchísimas situaciones en las que el ímpetu principal puede ser individual. Oportunidades que se ofrecen, no creo que la monogamia sea una condición humana. Escuché a alguien que dice que el amor no es un gen que dure por sesenta años sin mutar. Entonces pienso que el amor a veces muta momentáneamente, que hay infidelidades pasajeras, que probablemente no sean muy significativas. Todo depende del significado de la infidelidad, tanto para el individuo como para la pareja. Pienso que un abordaje complejo de la infidelidad, desde el punto de la mente del terapeuta, debe incluir los tres niveles en la conversación: lo individual, lo relacional y lo sociopolítico, que son los problemas de género o el contexto cultural donde se da.

Mujer 2: Quiero preguntar algo más: ¿creés que siempre, o generalmente, es necesario revelar la infidelidad para permitir recomponer la pareja o que continúe la intimidad? Creo que tiene que ver con lo que decías antes acerca de si siempre un secreto implica una desconexión, o tal vez no siempre. Y en relación a es-

to, lo último, se escucha mucho por parte de personas que cometieron o están en una situación de infidelidad el siguiente argumento: “Mi pareja en realidad lo sabe o tiene muchos datos para saberlo. Si no lo sabe es porque no quiere saberlo, entonces yo no tengo que contárselo. Es evidente que no tengo que contárselo. Me está pidiendo que no se lo cuente”. ¿Qué pensás de ese tipo de argumentos?

Falicov: Depende. No podría darte una respuesta general de eso. No quise decir que los secretos como desconexión son malos, la desconexión muchas veces está al servicio de la conexión en muchas cosas que uno no dice al otro para protegerlo o protegerse a sí mismo, o proteger el nosotros. Entonces pienso que si hay *affaires secrets*, sobretodo si todo son temporales, tendríamos que preguntarnos para qué la confesión. Por ejemplo, si ellos creen que la confesión proveería un sustrato que permite un crecimiento del “nosotros”. Recuerdo algo que dijo Loketek: “todas las cosas que deben pasar en la vida para que la vida siga viva”, o algo así. Para que una relación siga viva hacen falta muchas cosas, a veces quizás incluso la infidelidad. Así que depende para qué, por qué. En este caso en particular, el motivo por el cual considero que es importante que haya algún tipo de auto-revelación de parte de él, no es tanto por los detalles (y creo que lo digo claramente en la sesión), no porque él cuente o haga una confesión como si fuera a una iglesia, sino porque ella continúa encontrando, todavía más de lo que ustedes han escuchado, muchísimos indicios, y entonces empieza una especie de mistificación de la relación, y cada vez que ella dice algo, no es validado por él. En ese sentido es importante que haya algún tipo de validación, no de un contenido concreto, sino quizás una validación de que la realidad de ella no es completamente inventada.

Hombre 2: Estaba recordando, mientras escuchaba la conferencia, en qué momento de la cultura romana se fomentaba la relación extramatrimonial porque se suponía que la pasión entorpecía la familia –no puedo ubicar el tiempo, habría que preguntarle a Ignacio Lewcowicz–. Entonces decían: “Lo pasional afuera y lo legal adentro”. De cualquier manera esto de algu-

na manera hace puente con algo que estaba pensando acerca del dicho “ojos que no ven, corazón que no siente”. La infidelidad es un hecho bastante frecuente, bastante común, ¿por qué en algún momento se convierte en algo sintomático o en algo ruidoso? ¿Qué se rompe que puede llegar a producir líos bastante grandes? Si no podemos preguntarle a Bill Clinton, casi un lío de Estado. Así que estaba pensando: ¿qué hace que esto se convierta en una situación problemática y de ruido? Digo la infidelidad manifiesta, no lo que está oculto. Creo que hay una dificultad para aceptar justamente lo que proponían los romanos en algún momento, que hay algo de ese individuo que está sucediendo afuera y que está rompiendo –y hago puente con lo que dijo María Rosa Glasserman– cierta ilusión de que todo tiene que pasar adentro. En este caso está sucediendo algo que ataca mucho una estructura narcisista: ¿cómo yo no puedo hacer y completar esta ilusión narcisista de que los dos podemos todo? Digo esto porque todos sabemos las variaciones que va teniendo la relación de pareja, y efectivamente habrá algunas relaciones de infidelidad que son momentáneas, y sin embargo producen hecatombes monstruosas. Y en general, y mientras escuchaba el material clínico, más que nada me quedé pensando –obviamente, me pongo en el lugar de la mujer– que lo que le duele es el ataque a su narcisismo. Eso lo pensaba yo, pero es la lectura mía. No se habla mucho –aunque después Celia Falicov aclaró–, en este material clínico del estado emocional de ellos. Se habla de lo que ha pasado puertas afuera, que ella se dio cuenta, y que ha producido una ruptura en cierto equilibrio. Y que el engaño en todo caso, a veces, y con esto voy a terminar, o el secreto, justamente, es para buscar que no se rompa ese equilibrio, porque estas situaciones se dan y hay como una búsqueda constante de mantener este equilibrio ilusorio, por otra parte, porque está casi agarrado con alfileres, ¿no?

Carlos Sluzki: Quiero hacer un comentario. De las muchas cosas interesantes de la presentación y de la discusión también, quería comentar solamente una que tiene que ver con el tema del perdón, que la trajiste muy al principio cuando hablaste de Di

Blasio y que aparece en el curso de la entrevista en un momento dado y también fue comentado por Eva Giberti. Y creo que es importante para nosotros darnos cuenta de hasta qué punto el pedido de perdón es diferente de la expectativa del perdón. El pedido de perdón es una especie de ritual que va cabalgando con el pedido de explicación, la necesidad por parte de ella de que él le ofrezca una explicación tiene un componente de pedido de perdón y me parece que estás moviéndote en esa dirección en el curso de la entrevista, como una manera de generar un ritual. Al mismo tiempo, muy recatadamente, y es importante subrayarlo, no estás en modo alguno esperando un acto de perdón por parte de ella. Si un terapeuta empuja a una víctima a que perdone al perpetrador, le está robando a la persona que fue victimizada el derecho de perdonar o no perdonar, que es un acto totalmente subjetivo y personal. Esa expectativa de que el dañado perdone constituye una nueva violación, un nuevo acto de violencia. Con lo que es bueno diferenciar esos dos componentes puesto que uno –el pedido de perdón– es un fenómeno interpersonal y el otro –el perdonar– es un acto tanto más subjetivo que no debe ser invadido. Y esa diferencia emerge con claridad en tu postura de estar envuelta en los procesos interpersonales y respetando a las personas al mismo tiempo.

Falicov: Gracias. Completamente de acuerdo, pedir que ella lo perdone sería otro tipo de sometimiento, el perdón debe ser otorgado en forma de libre albedrío. Uno puede facilitar las condiciones para que una persona pida perdón, pero de ninguna manera exigir al herido que perdone, porque si no uno le roba la autonomía individual a la persona. Puede uno mantenerse en una relación sin nunca perdonar, que es posiblemente lo que esta pareja termine haciendo, que permanezcan juntos aunque nunca se perdone totalmente el pasado.

El diálogo en la pareja. El diálogo terapéutico

ADOLFO LOKETEK

*Comentadores: Celia Falicov,
Janine Puget, Carlos Sluzki*

Adolfo Loketek: Para abrir esta mesa clínica hemos preparado una dramatización. Voy a interpretar al terapeuta y Carlos Sluzki y Elizabeth Rapela a las personas que consultan. Esta historia comienza hace algunos meses cuando pensaba el tema para esta mesa. Yo atendía a una pareja que tenía poco más de 30 años de convivencia. El motivo de consulta, que pienso es bastante habitual en las consultas de pareja, fue verbalizado por la mujer en los siguientes términos: ella decía que no había comunicación. Y decía, más concretamente frente a una pregunta mía sobre qué es eso: “no me habla, no me escucha, no me toca”. Eso fue retraducido por mí, en el trabajo, como abstinencia verbal, abstinencia corporal. Pensé que este tipo de problemas pueden ser compartidos con muchos terapeutas y que podría ser útil para intercambiar ideas. Les envié dos videos –uno de la primera entrevista y otro de la entrevista número 20– a Carlos Sluzki, a Janine Puget y a Celia Falicov. En aquel momento también les comentaba que los temas que me daban vuelta en la cabeza y me hacían pensar tenían que ver con los problemas afectivos de la pareja, los problemas de los cuerpos de la pareja, los problemas del diálogo en la pareja. Y fundamentalmente cómo trabajamos la historia en la pareja, los que creemos que la historia tiene algo que ver. También tenía que ver con mi preocupación sobre los hijos de la pareja y les envié la bibliografía que me interesaba. Era una bibliografía

que tenía que ver con lo lingüístico, Gadamer, Rorty, Nietzsche –seguramente en cuanto a cierta manera de pensar, especialmente al manejo de la historia–, Foucault con el tema del poder, Kafka en cuanto a literatura.

Me preguntaba por qué aquellos seres humanos que han instalado un pacto de alianza o que han vivido un pacto de alianza, en cierto momento comienzan a intercambiar mensajes lingüísticos que ellos rotulan como “no hablarse entre ellos”. Sienten que no se escuchan. ¿Por qué, entonces, siguen viviendo juntos? Me pregunté también qué pasa con los cuerpos cuando dicen que no tienen relaciones. Ni se tocan, no sólo han suspendido la relación sexual. Ya había encontrado el título: “El diálogo en la pareja. El diálogo terapéutico”, también algún tema a focalizar. Pensé que una dramatización podía resultar estimulante para mostrar qué tratamos de hacer los pacientes y los terapeutas cuando estamos en una situación que llamaremos sesión terapéutica. Para esto, los “intérpretes” –Sluzki y Rapela– recibieron los siguientes datos: 33 años de convivencia, tres hijos (30, 28 y 26), no comunicación verbal, no comunicación corporal, vienen porque la mujer ha insistido en venir, o mejor dicho, porque la terapeuta de la mujer había sugerido que sería bueno una terapia de pareja. No sabemos si esta entrevista va a ser la primera o la segunda, no está fijada en el tiempo. Es un intercambio, un juego que se da, en el que pretendemos ver qué pasará entre un terapeuta y una pareja que plantea estos problemas. No hay otro guión. Lo que vamos a tratar de vivir es una situación que tiene un comienzo con palabras que se han transmitido y un devenir imposible de prever.

Dramatización

Terapeuta: Hola, ¿qué tal? ¿Cómo anda?

Augusto: ¿Qué dice, doctor?

T.: ¿Qué tal? ¿Cómo están?

A.: Bien, gracias.

T.: ¿Elvira?

Elvira: Bueno... ahí estamos, no sé si bien.

T.: Por qué no me cuenta cómo están.

E.: Bueno... no, no... yo hace mucho que no estoy bien

T.: ¿Me puede contar algo más, Elvira?

E.: Estoy un poco sola.

T.: ¿Cómo es eso, Elvira?

E.: No... no nos comunicamos con mi marido. Yo no sé qué piensa él de las cosas que me pasan, de las cosas que hago. Vivimos dos mundos muy distintos.

T.: Cuénteme, ¿cómo es el suyo?

E.: Y... como el de muchas mujeres. Me ocupo un poco de mis hijos, me ocupo de mis cosas, he estado preocupada por mi salud.

T.: ¿Ha estado usted mal de salud en estos días?

E.: Me estuvieron pasando muchas cosas.

T.: ¿Me puede contar?

E.: Yo he tenido un problema de cáncer.

T.: Sí, sí... usted me contó.

E.: Bueno, todos estos temas no sé qué despertaron en él, qué no despertaron. Qué le pasa a él conmigo y a mí con él. No hablamos nunca de nada y yo me he ido sintiendo más lejos y más lejos con toda esta cosa mía. Yo me he ido sintiendo un poco más aislada y aislada con todos estos temas míos. Y buscando mi manera de conectarme con otra gente, con otras cosas. Pero me he ido desconectando de él.

T.: ¿Por qué?

E.: No sé.

T.: ¿Qué pasa, Augusto?

A.: ¿Cómo decirle qué pasa? La vida evoluciona y yo no tengo verdaderamente problemas. Yo estoy bien. Yo trabajo, el trabajo, bueno... es un poco rutinario. Yo tengo mi música y me refugio un poco en mi música, los chicos y no entiendo bien a qué viene toda esta historia.

T.: ¿A qué historia se refiere?

A.: A la historia de la queja de Elvira. Bueno, yo no tengo 20 años. Yo entré en un mundo un poco más ascético.

T.: ¿Ascético?

A.: Ascético, sí. Es un estado interior de ascetismo. De cierta remoción, de ciertas pulsiones, más conectado con aspectos espirituales, personales. Y supongo que es como una evolución en la vida, ¿verdad?

T.: ¿Qué lo decidió o cómo fue que entró en eso?

A.: Ni siquiera fue una cuestión de decisión personal sino que fue una evolución progresiva. En realidad yo suponía, esperaba, que nosotros, cada persona en el mundo, sigue una evolución, y que en un momento dado uno se conecta con aspectos más estéticos. Se conecta más con un mundo interior y bueno, así es.

T.: ¿Usted cree, Augusto, que entre esta inclinación suya a este ascetismo y esto que estaba planteando Elvira hay alguna relación?

A.: Bueno, si lo que me está diciendo, doctor, es que usted no entiende por qué ella no evolucionó en la misma dirección, o que yo pienso que ella tendría que haber evolucionado en la misma dirección, por supuesto. Pero ese parece que no es el caso porque la queja continúa, ¿no? Pero yo tengo buena voluntad, le aclaro, yo estoy acá.

T.: Sí, sí... está claro eso. ¿Qué siente usted o qué le pasa a usted, Elvira, cuando escucha?

E.: Me siento cada vez más sola. Cada vez más sola y mucho más sola cuando él habló de estética. Yo soy una mutilada, doctor, no tengo un pecho y esto para una mujer es muy importante, y para una pareja también.

T.: Usted piensa...

E. (interrumpiendo): No sé qué piensa él de que yo no tenga un pecho.

T.: ¿No se lo pudo preguntar?

E.: No sé qué siente él de que yo no tenga un pecho. No me da lugar a que yo hable de eso. No tenemos ese lenguaje, no tenemos ese diálogo. No sé cómo hacer.

T.: ¿Usted trató de preguntarle alguna vez?

E.: Sí, le aproximo algún comentario. No me es fácil.

T.: No es fácil...

E.: No, es como si no pudiera entender que yo estoy mal. Parecería que para él no pasó nada y para mí es un susto permanente.

T.: El susto...

E. (interrumpiendo): De la muerte.

T.: Es el tema del cáncer, el tema de que se puede morir. Esta es la idea...

E.: Al lado de él y sola.

T.: No entendí esto último, ¿al lado de él...?

E.: Pero sola. Con mi tristeza, con mi angustia, sin saber qué le pasa a él y sin poder hablar. Por eso pienso que usted nos puede ayudar.

T.: ¿Cómo es esa soledad, Elvira? ¿Podría usted contar cómo es?

E.: Es sentimiento de tristeza. Usted me atiende cuando yo hablo, parece que usted entiende lo que yo siento, no me pasa así con él.

T.: ¿Usted tiene alguna idea de por qué él no puede, o usted qué cree? ¿Que él no quiere? ¿Cómo es?

E.: Hemos perdido código.

T.: ¿Cuándo fue eso, tiene alguna idea?

E.: No sé, creo que se fue perdiendo. Quizá los dos tenemos que ver con esto, hace diez años que no tenemos relaciones.

T.: ¿Sexuales?

Elvira asiente con la cabeza.

T.: ¿Por qué?

E. (encogiéndose de hombros): No sé, tampoco hablamos de esto.

T.: ¿Usted le preguntó a él?

E.: No, porque él era el que siempre iniciaba todo y esto era muy natural así. Yo después empezaba a tener muchos más temores con mi cáncer y mis operaciones.

T.: ¿Y usted tenía deseos, y tiene deseos de tener acercamientos con Augusto?

E.: Sí, siempre tuve, pero no supe cómo hacerlo.

T.: ¿Y por qué?

E.: Ya le dije, perdí el código.

T.: Perdió el código... La costumbre, ¿es así?

E.: Sí, sí.

A. (interrumpiendo): Perdone un momentito. Yo quiero dejar claro que yo estuve con ella en cada una de todas las operaciones y de una u otra forma he funcionado como un manejador o intermediario en todas esas circunstancias, de modo que funcionaran de la forma más eficiente posible. Y entonces no es que yo fuera un personaje ausente que me iba a pescar a la costanera cuando ella estaba en cirugía. Muy distinto de todo eso. Pero, también es cierto que uno nace solo y que uno muere solo y que, en el curso de la vida, hay momentos de contacto y después cada uno tiene que organizar su propio destino.

T.: Interesante idea esta, Augusto, pero eso de la soledad... ¿cómo se le armó ese pensamiento a usted?

A.: ¿Cómo qué?

T.: Esta idea de que uno nace solo, crece solo, sigue solo...

A.: No, no dije que uno nace solo, crece solo. Digo que uno nace solo, y eso lo decían en mi familia, uno nace solo, muere solo y me parece que es una buena descripción de la realidad. En el camino, bueno, uno hace contactos y nosotros hemos tenido muchos contactos. Nuestra vida fue una buena vida, pero en un momento dado cada uno tiene que organizar su propio destino y lidiar con sus propios fantasmas.

T.: Así que para usted estar solo está bien.

A.: Absolutamente. Yo pongo mi música y me conecto...

T.: Ahora, cuando ella se pone a hablar de la soledad. Porque parece, Elvira, si entendí bien, que su soledad no es buena para usted.

E.: Sobre todo con esta especie de ausencia en la que él no me pregunta nada ni yo a él, hemos empezado a dejar de... esto me da más soledad.

T.: Claro. Y esto que él dice, que para la manera de ver las cosas de Augusto está bien.

E.: Él ha sido un caballero conmigo, él siempre estuvo cuando tenía que estar. Pero no es eso lo que yo le pido. Él no es capaz de preguntarme cómo me siento ni decirme si se entristeció

cuando a mí me mutilaron. Ni decirme si lo pone mal que yo esté mal, ni decirme si lo pone mejor... nada, yo no sé qué le pasa a él con su música, ni con su CD.

T.: ¿Usted le preguntó?

E.: Sí, yo le pregunto por qué oye música o cuánto tiempo va a estar oyendo música pero no me contesta casi, no.

T.: ¿Y qué hace usted entonces?

E.: Y... veo a mis chicos, hablo con mi familia, con los que tengo cerca. Pero lo que yo quiero es que él se me acerque. Me hubiera gustado tener una buena pareja.

A.: Yo estoy bien conectado con los chicos también. Los chicos son grandes.

T.: Bueno. Él está bien solo. Usted quisiera que él se acerque más y que la escuche, y que le hable. Pero él está bien solo. Es un lío, ¿no? Porque él está bien solo, lo que usted...

A. (interrumpiendo): Perdón. Solo, cuando decimos solo no quiero decir solo, solo. No es lo mismo que ir a vivir a una pensión. La vida en familia es así, uno está compartiendo un espacio y compartiendo pequeñeces y así es como es.

E.: No era así mi familia, doctor. Mi familia fue distinta.

T.: Ah, cuénteme.

E.: No, en mi familia eran todos muy cercanos. Si algo le pasaba a alguien enseguida otro venía y le preguntaba.

T.: ¿Quién? ¿Se acuerda alguna escena?

E.: Sí, mi madre, mis tías, mis tíos, siempre había gente alrededor.

T.: ¿Alrededor?

E.: De la gente: de mi padre, de mi madre, de mis hermanos. Éramos una familia. Y en general teníamos a quién preguntar o quien nos preguntara qué nos pasaba.

T.: ¿Siempre le pasaba?

E.: Sí, o si estábamos tristes por algo, o por qué estábamos mal. Teníamos mucha proximidad afectiva nosotros. Yo me acostumbré a que a él no le hacía mucha falta, pero el tema fue cuando me hizo falta a mí.

A. (interrumpiendo): Sí... con todo respeto, Elvira. Yo pien-

so que por alguna razón se casó con una persona que es un poco menos sobrecargada en término de relaciones, porque ese mundo, el de la familia de ella, era un mundo en el que todos se entrometían con todos de una manera un poco pesada. Y pienso que el modo de ser más respetuoso ha sido como un refugio para ella, digo yo. Usted es el doctor, yo acá soy nada más que un...

T.: ¿Qué le parece?

E.: Yo creo que él no tiene idea de lo que es una familia unida. Que él se maneja de una manera con mis chicos, con nuestros chicos. Los chicos no están cerca de él, no están como son conmigo.

T.: ¿No están?

E.: Como son conmigo: cercanos, tienen confianza.

T.: ¿Los tres chicos son así?

E.: Bueno, sobre todo los dos menores.

T.: A ver, cuénteme. ¿Cuál es la diferencia ahí?

E.: No hablan directamente con el padre de lo que les pasa tampoco ellos. "Papá ni se da cuenta si yo estoy enojado" me puede decir alguno de ellos. Pero por suerte para mí están estos chicos. Pero yo también creo que es verdad lo que él dice, tuvimos una buena pareja, tuvimos una linda relación. Yo también sentí un refugio con él, distinto de mi familia, en una época. Eso fue muy bueno.

T.: ¿Cuándo cambió?

E.: Hará diez años. Creo que cuando empezó el cáncer.

T.: ¿Usted tiene claro que empezó cuando empezó el cáncer?

E.: Posiblemente. Fue alrededor de esa época.

T. (dirigiéndose a Augusto): Usted ha escuchado lo que dice Elvira ...

A.: Yo pienso que el cáncer a lo sumo pudo haber sido una manera, un llamado de atención a la realidad. De que uno nace solo y muere solo, que uno tiene que ir armando el destino de uno.

T.: ¿A usted le produjo alguna cosa en el pensamiento, en el sentimiento o algo así en el cuerpo?

A.: Naturalmente. Yo estuve muy solidario. La acompañé en

los diversos procesos para estar seguro de que en todo momento tuviera la mejor atención posible.

T.: ¿Cómo es, Elvira, que usted piensa que mucho de este distanciamiento y este no acercamiento, ni hablar, ni tener relaciones, es por el cáncer y, como usted dice, la amputación?

E.: Sí... el cáncer, la mutilación. Yo dejé de ser la mujer que era, quizá me convertí en alguien mucho más triste, mucho más insegura y quizás hubiera necesitado mucha más cercanía de él en ese momento.

T.: Él dice que fue solidario.

E.: Él fue solidario y correcto, como es con mis hijos, no les va a faltar nunca nada y a mí tampoco. Simplemente, que entienda lo que nos pasa, que esté cerquita.

A.: ¿Qué?

E.: Que estés cerca.

T.: Usted piensa que si él estuviera más cerca él podría entender, ¿es así?

E.: Sí, pienso que la distancia que pone es mucha.

T.: ¿Eso usted lo vivió en su vida con alguien?

E.: Puede ser, pero no tengo recuerdo. En general he tratado de tener siempre relaciones cercanas. Con él al principio me costaba, después nos acostumbramos.

T.: Al principio, ¿antes del '88?

E.: Antes.

A.: ¿Costaba qué cosa?

E.: La distancia, de a ratos.

T.: Fueron una pareja donde la distancia...

E. (interrumpiendo): Era importante.

T.: Pero ahora es más intensa.

E.: Es más grande.

A.: Esta historia de la distancia hace 15 ó 20 años... Me parece un invento de ahora porque yo nunca la sentí quejarse de la distancia y me parece que había distancia. Ahora, bueno, la cosa está como más fría o más de pisar sobre huevos como dicen, con cuidadito de qué es lo que se dice y qué es lo que se hace.

T.: ¿Eso es lo que usted siente con Elvira, que hay que tener cuidado de cómo se acerca a ella o de cómo habla?

A.: Bueno, a veces pienso así. Sí, a veces.

T.: ¿Cuál es su miedo?

A.: ¿Miedo? Yo no tengo miedo, doctor. Es una cuestión de respeto y en última instancia si no soy bien cuidadoso y con mis movimientos aparece alguna situación de conflicto que a uno no... no es cosa que uno viva en un mundo de conflictos tampoco. O de violencia.

T.: Estoy pensando en el cuidado suyo en el acercamiento. Ahora, ¿usted tiene más cuidado cuando tiene que hablar con Elvira o cuando tiene, qué sé yo, que tocarla?

A.: ¿Tocarla en qué sentido?

T.: Así, acercarse. ¿Usted la toca?

A.: No, no. Estos últimos años mantenemos nuestra distancia razonable.

T.: Usted escuchó la idea de Elvira de que hay alguna relación entre que usted se aleja y la mutilación, el cáncer.

A.: Hay una diferencia de estilos. Usted sabe cómo son las mujeres. Yo en cambio puedo meterme en mis propias cosas, en mi propia música, en mi propia filosofía de la vida y me mantengo así. Espero que algún día también lo pueda lograr Elvira porque...

T.: Parece medio complicado, Augusto, porque Elvira... A ver, ayúdeme, Elvira, si entendí bien... ella está acostumbrada a una distancia cerca y dice que si uno está más cerca, entiende. ¿Es así? Eso es lo que aprendió en su casa.

E.: Aprendí en mi casa a que entendieran también mis sentimientos.

T.: Los sentimientos y cercanía.

A.: Sí, bueno, pero usted nos conoce viéndonos un par de veces y cosas por el estilo, que diez veces no nos vio. Pero, si vamos a poner todas las cartas sobre la mesa, perdoná, Elvira, con todo respeto. Poniendo las cartas sobre la mesa, lo que usted dice: "por qué no prueba de acercarse un poco". Yo pienso que me acerco un poco más y, o bien me ladra ella, o bien ella me agarra y me

atrapa, y se abalanza sobre mí. Y yo tengo ya mi vida armada, hombre.

Elvira ríe.

T.: Este comentario de Augusto la sacó de la tristeza, Elvira.

E.: No, sabe lo que creo... que yo no puedo. Antes hacía eso que él dice, me tiraba sobre él. Ahora ya no y no lo podría hacer más. Porque, si él no sabe lo que yo siento, yo no me puedo acercar.

T.: Pero le produjo algo este comentario...

E.: Porque me acordé de la época en que me tiraba sobre él y era muy divertido. Hubo una época, claro.

T.: ¿Cuándo fue eso?

E.: Y... mucho antes de todo esto. Era un juego.

T.: ¿Antes de qué?

E.: Antes de la mutilación, antes de los primeros diagnósticos, antes de mi retraimiento y mi tristeza.

A.: Es una coincidencia, nomás. Es una coincidencia, pienso.

T.: Usted sabe qué le produjo este comentario suyo, Augusto. A ver, ayúdeme un poco, porque usted estaba triste al comienzo... (a Elvira).

E.: Sí, de alguna manera me hizo muy feliz acordarme de esa época.

T.: ¿La hizo feliz?

E. (asintiendo): Sí, sí en esa época. Por eso pienso que tengo esperanza de recuperar un espacio con él. Porque tuvimos un espacio.

T.: ¿Antes del '88?

E.: Antes del '88.

T.: O sea que el cambio fue en el '88 para usted...

E.: Sí, sí. Uno no es la misma persona antes y después de saber que se puede morir.

T.: ¿Eso es lo que usted vivió y sigue viviendo ahora?

E.: Claro, sí, sí. Siempre estoy pensando en eso.

T.: ¿Cómo es?

E.: No sé, todos los días... ¿cuándo voy a tener la metástasis en cualquier parte? Siempre estoy despidiéndome un poco, viendo a qué época me gustaría llegar, a qué época no.

T.: ¿Usted está permanentemente, todos los días pensando...?

E. (interrumpiendo): No sé si todos los días. Pero sí muy frecuentemente.

T.: ¿Y también se toca su cuerpo o también se mira en el espejo?

E.: También me miro al espejo y pienso qué tristeza, no sé qué va a pasar con todo esto después y qué ha pasado con él, que hace mucho que no siento una mano de él sobre mi cuerpo.

T.: ¿Usted se toca su cuerpo?

E.: Me miro, más que me toco.

T.: ¿Se toca los pechos?

E.: Hay un pecho que no tengo.

T.: ¿Se toca las partes donde estaba el pecho?

E.: Sí.

T.: ¿Cómo es, Elvira?

E.: Me da mucha tristeza, mucho vacío. Pienso que de todas maneras me consuela estar viva. Pero es desde mi feminidad, desde mi ser mujer en el cuerpo, es muy duro.

T.: ¿Qué siente ahora?

E.: Me siento un poco mejor, ya que pude hablar de esto, por lo menos él me oyó.

T.: ¿Qué pasa, Augusto?

A.: Bueno, eh... Imagínese, doctor. Si cada vez que, y esto por años fue así. Cada vez que hay algún resquicio de algún contacto aparece la muerte, aparecen los llantos, aparece... Prefiero la música.

T. (a Elvira): No le vi bien la cara pero le produjo mucho...

E. (interrumpiendo): Mucho dolor.

T.: ¿Dolor tenía ahora?

(A Augusto). ¿Cómo es eso de que tiene la música? ¿A dónde lo lleva la música?

A.: La música me lleva a lugares espirituales, a lugares de cierto grado de bienestar interior. Si no es estar todo el tiempo como invadido por la muerte, ¿no? Porque uno se trata para no morir, no para morir. Entonces, cuando uno está en un tratamien-

to se está en contra, no visitado por la muerte. Si no ahí estamos. La muerte... Mozart.

T.: Estaba pensando, trataba de imaginarme a los dos. A usted frente al espejo y a usted en la... qué tiene usted, una cabina, ¿cómo es?

A.: No, nada más que auriculares.

T.: Ahí está usted pensando.

A. (interrumpiendo): También leo a veces.

T.: Mozart, la música... ¿A dónde va? Porque yo entiendo lo que me traía Elvira hasta donde la lleva ese espejo. Y esa angustia de la mañana y ese cuerpo que más mira que toca. (A Elvira.) ¿No? ¿Es así su cuerpo? Que esa es una diferencia con antes del '88. Y trataba de imaginar a dónde puede ir usted, ¿hasta dónde llega escuchando a Mozart, por ejemplo?

A.: ¿La pregunta es si tengo una paz interior?

T.: Lo que sea. ¿Cómo es? ¿Cómo va sintiendo? ¿Su cuerpo siente ahí?

A.: Mi cuerpo, no. Ya le dije que estoy en un nivel de ascetismo en el que el cuerpo es un acompañante benévolo, que no me molesta demasiado. Me molesta la rodilla, nomás. Ya le conté que tengo un problema de rodilla, pero...

T. (interrumpiendo): ¿Usted se toca la rodilla?

A.: Bueno, la rodilla me hace acordar de que la toque.

T.: Ah, lo llama...

A.: Sí, de vez en cuando. Pero nada más porque tenía un menisco que quedó atrancado que después de la microcirugía tuvo algún problema que no se resolvió bien.

T.: ¿Cuándo fue eso?

A. (a Elvira): ¿Cuándo fue Elvira? ¿Te acordás? Qué sé yo... Y, hace unos siete años fue.

T.: Ah. Después del cáncer y la operación, y la mutilación de Elvira.

A.: Sí, sí, claro.

T.: ¿Esta fue la primera lesión que usted tuvo en su cuerpo?

A.: Bueno, este menisco me estaba molestando desde antes ya. Es una cosa que simplemente..., la operación vino hace siete

años. Pero si me molesta o no me molesta, no es esta historia. ¿De qué estamos hablando?

T.: No... pregunto nomás.

A.: No, pero está bien. No me molesta.

T.: ¿Está bien así?

A.: Sí, sí.

T.: Aparte del menisco que no molesta...

A. (interrumpiendo): Cuando molesta, molesta, pero no me molesta como para invadir la conversación como la está invadiendo usted, ¿no?

T.: Discúlpeme... por ahí no tenía que haber entrado en esto. Pero sabe, yo estaba pensando cuándo usted se toca el cuerpo, estaba pensando en eso. A ver ayúdeme en esto. Porque usted estaba en la escena escuchando a Mozart. Yo quería ver si podía transmitir a dónde lo llevaba Mozart.

A.: Me lleva a un mundo espiritual y me pongo a pensar en filosofía de la vida. Pero filosofía barata, ¿no? Porque yo no soy un profesional de la filosofía.

T.: Este tema de la música y su relación con la música, Augusto, ¿también era algo que se daba en su familia de origen?

A.: Más o menos. Más bien fue una cosa que desarrollé desde jovencito y que fue un placer que tenía y que teníamos (en una época íbamos a conciertos a menudo, teníamos abonos y cosas por el estilo). Y después con la comodidad del CD, los audífonos, y otras realidades, se transformó más en mi mundo privado, por así decir. (Pausa.) No es para excluir a Elvira de eso, yo la pondría en voz alta, no en auriculares, si quisiera...

T.: El problema es que Elvira siente que usted prefiere la música y no a ella.

A.: Ah, no. Si ella quiere que yo ponga la música por los parlantes en lugar de los auriculares me parece posible.

T.: ¿Usted le preguntó?

A.: ¿Me lo hubiera pedido, no?

E.: Me ensordece cuando pone tanta música todo el tiempo.

A.: Ahí aparece la muerte otra vez...

T.: ¿Viven sus padres?

A.: ¿Mis padres? No, no, hace un tiempo que no.

T.: ¿Usted tuvo alguna otra cercanía con la muerte o con la palabra muerte?

A.: Bueno, salvo la de mis padres, no que yo piense que fue trascendental.

T.: ¿La muerte de su madre o de su padre, ¿hubo diferencias en cómo usted las vivió, o cómo es?

A.: Estoy un poco perdido otra vez, porque nos fuimos de los meniscos a Mozart, y de Mozart a mis padres.

T.: Pero a ver... es interesante porque... ¿Sabe cómo yo fui ahí? Porque usted trajo la palabra muerte. Otra vez la muerte que había dicho frente a lo que ella dijo. No sé, por ahí me equivoqué pero comprendo que usted va por la escena y los temas, y la palabra muerte está. Está, parece. Está, por eso yo me atreví a seguir por ese camino. Pero bueno, lo dejamos ahí.

A.: Bueno, después de todo, la vida se termina en la muerte. Por eso la muerte de mis padres fue, por así decir, natural, ¿no? Pero la muerte como tema de gente en vida no es un tema que a uno le levanta el ánimo, ¿no?

T.: ¿Qué pasa, Elvira?

E.: Yo nunca pude saber, por ejemplo, si él pensó que yo me iba a morir, qué sintió. Si no tenía ganas de que me muriera.

A.: Pero no, m'hija. La cosa no es así. Al contrario, yo pienso que uno tiene que en la vida tener una posición de optimismo y llevar adelante los tratamientos, y que las cosas anden bien. Y no ponerse a buscar el lado oscuro de las cosas porque si no cada vez que me duele la rodilla voy a pensar que me tengo que amputar la pierna. Por favor...

E.: Pero a mí me amputaron el pecho.

A.: Pero estás viva, ¿no?

E. (al terapeuta): Me dan ganas de llorar...

T.: ¿Le dan ganas de llorar?

E.: Y de matarlo.

T.: ¿Y qué hace?

E.: Nada. Me aílo, me retiro. Me voy a buscar gente con la

cual me sienta bien. Me da pena porque son muchos años de haber vivido con él.

T.: ¿A quién va a buscar?

E.: Mis hijos, mis amigos.

T.: ¿Y qué pasa con él?

E.: Y... él me dice estas cosas del optimismo y qué sé yo... no entiende nada de lo que me pasa, doctor.

T.: ¿Después vuelve usted a él?

E.: He hecho varios intentos y este de que usted nos ayude es uno de mis intentos.

A.: Yo no le digo cosas de optimismo porque en este momento ya aprendí que es mejor (hace gesto de coserse la boca) callarse la boca. Y por eso nuestra vida sigue como sigue.

T.: Está bien, pero usted se da cuenta... ¿Usted miró ahora la reacción de ella ahora? ¿No vio?

A.: ¿Cuándo, ahora?

T.: Sí, cuando usted hizo el gesto este de... (el terapeuta repite el gesto).

A.: No, no, qué voy a ver. Estaba mirándolo a usted, doctor.

T.: ¿Quiere que le cuente?

A.: Si usted gusta.

T.: Se rió. Yo también me reí. Ella se rió... Miren. Ustedes saben que yo los estoy escuchando y a veces siento como que hay una cosa trágica. Dolor enorme cuando la estoy escuchando a usted. Pero también estaba tratando de recordar los momentos en que se ríen.

A. (interrumpiendo): ¿Momento de qué?

T.: En que se ríen ustedes. (A Elvira.) Especialmente usted. Porque él la hace reír a usted. Usted sabe que la hace reír.

E.: Siempre me hizo reír.

T.: Siempre, ¿no? Esta es una característica de Augusto.

E.: Se mueve de una manera que me hace gracia.

T.: Sí. Es una capacidad y Augusto tiene esa capacidad.

E.: Por eso me siento más sola. Porque ya dejó de moverse para mí.

T.: Ah, ¿usted esperaría o añoraría los momentos en que él la

hacía reír permanentemente? (A Augusto.) ¿Y usted, Augusto, dejó, o se la da a otro, esta capacidad de hacer reír que tiene?

E.: Conmigo sí. Siempre se pone las músicas.

A.: Y a mí es que no me da mucho la vena de hacerla reír, o de hacerte reír, Elvira, cuando cada vez después de una media sonrisa aparece de vuelta la historia de la queja, y de la muerte, y de esto y de lo otro.

E.: Quiero que me diga lo que sintió cuando yo me enfermé, cuando todas esas cosas. Quiero volver al tema pero no lo consigo.

A.: Caramba, es como si la historia no tuviera registro, ¿verdad? Como si no hubiera estado al pie del cañón en cada una de todas las cosas. ¡Qué sé yo...!

T.: A mí me parece, Elvira. Usted me llamó, me pidió ayuda. El tema era que no se escuchan, que no se hablan, que no se tocan, y a mí me sorprendió cómo ustedes pueden reírse, o cómo él la puede hacer reír en ciertos momentos.

E. (interrumpiendo): Pero estaba usted.

T.: Ah... Usted supone que era porque estaba yo. ¿Esto no se da cuando están solos?

E. (negando con la cabeza): No es muy fácil.

T.: No es fácil. (A Augusto.) ¿Qué pasó?

A.: No... Lo que estaba pensando usted. Creo que eso no lo discutimos en ninguna sesión anterior, por lo menos en las que yo haya participado o visto. Pero, yo, si lo pienso, estoy medio ofendido con Elvira. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que voy a hacerla reír?

T.: ¿Cómo es eso, Augusto? ¿Cuál es la ofensa?

A.: Y... Por una parte está el pedido de que yo sea el que produce el entretenimiento. Y por otra parte tengo que estar en una payada con la muerte, todo el tiempo. Entonces yo funciono como el entretenedor de un costado y es como el Martín Fierro y el diablo, ¿no? Yo hago por un lado la payada y la alegría, y ella la muerte.

T. (a Elvira): ¿Qué le parece?

E.: No me parece mala idea lo de la payada, sería algo.

T: Claro... pero, a ver, ¿cómo es? ¿Cuál es el verso más común en esta payada? Porque suena como que él tiene el verso común de tener que poner la alegría y usted tiene que cantar el verso común de traer el tema de la tragedia.

E: No, yo le traigo el tema de que hablemos de las cosas que pasan. Y capaz que ahí yo puedo reírme, después de que él me oiga. Y yo oírlo a él, de lo que siente, lo que sintió. Nos pasaron cosas importantes, por algo estamos tan lejos. (Pausa.) Hace mucho que no me reía como hoy.

A.: ¿Que no qué?

E.: Que no me reía.

T.: Y usted supone que es porque estoy yo...

E.: Algo pasó acá.

T.: Y usted supone que lo que pasó tiene que ver con la mutilación suya...

E.: Sí.

T.: ¿Esa es la palabra que usted usó?

E.: Sí, sí.

T.: Y usted supone que tiene que ver con lo que no se pudo hablar sobre esa mutilación. Sabe que a mí me hizo pensar también en por qué tengo que estar yo para que usted se pueda reír, o que aparezca esto que usted llama "lo que me hace reír". Esto es lo que pensaba, ¿no? ¿Usted cree que este cambio tiene que ver solo –comprendo el dolor enorme– con la mutilación o también que falta alguien en esta pareja, o faltó alguien, o se fue alguien? ¿En usted o...?

E.: No sé...

T.: No sabe...

A. (a Elvira): Ya te he dicho más de una vez que si tuviera un escudo familiar (que yo soy gente que no tiene un escudo familiar) en mi escudo yo diría *res, non verba*. ¿Sabés lo que quiere decir? *Res, non verba*.

T.: ¿Qué quiere decir? Ayúdeme... ¿Qué quiere decir?

A.: "Hechos, no palabras." En todo esto parece que mis hechos no cuentan, son las palabras que faltan y seguimos con la misma sanata. *Res, non verba*, doctor. *Res, non verba*.

T.: Res no verba...

A. (interrumpiendo): Non verba. Res, coma, non verba. "Hechos, no palabras."

T.: Claro, pero ahí tenemos un lío, Augusto y Elvira. Porque usted está pidiendo hechos. Porque usted tiene lo mismo pero al revés. Usted quiere palabras y no hechos, y él quiere hechos y no palabras. Eso parece, qué interesante, que son las mismas palabras pero puestas al revés. Y así vamos a terminar por hoy. Dejamos acá.

A.: Ok, gracias, doctor.

(Fin de la dramatización.)

Adolfo Loketek: Quisiera mantener un poco el clima y quizá lo que despertó, en mí también, estar en esta experiencia con esta pareja, y también compartir algo que escribí en relación con estos problemas. Espero que se haya podido transmitir esta vivencia, esto de estar en una sesión terapéutica. Obviamente, durante muchos momentos yo no sabía qué hacer. Mis guías permanentemente eran saber que tenía que ser una pareja que se suponía que no se comunicaba entre ellos, yo tenía que ser el otro. Y por otro lado, pensar qué línea podría perturbar ciertos modos habituales de funcionamiento de cada una de estas personas. Obviamente se presentaban, y lo sentía yo, como muy inteligentes. Y sentía, además, una necesidad de ir acompañándolos, casi escuchándolos, teniéndolos y perturbándolos un poco pero no demasiado, evitando decir alguna palabra o hacer algún gesto que los pudiera molestar excesivamente. Me parece que era, más que nada, porque son Carlos Sluzki y Elizabeth Rapela –aunque ahí interpretaban a la pareja–. Estaban las dos figuras en mí y me hacían jugar un poco con esa mezcla de gran facilidad que sentía desde ellos, pero también con bastante cuidado, y mucho más en un espacio público.

Cuando traté de recordar algunos recortes de la experiencia terapéutica con esta pareja, lo primero que escribí, que me impactó, fue un comentario de ambos que me hizo pensar algo así como: si ambos eran distintos fuera de la pareja y ambos deseaban

ser tratados como trataban a los de afuera (porque parece que las personas que tienen este problema, por lo menos en mi experiencia, a los demás sí les dan palabras). Si ambos tenían ese potencial, ¿qué singularidad, pensaba, presentaba este sistema que favorecía la emergencia, que vivían como crueldad, privación, carencia y en muchos momentos como lo que podríamos definir “locura relacional” por estar atribuido a la conducta también del otro? Me preguntaba hoy, ¿qué diferenciaba esta relación de las demás relaciones de alianza?

Mi objetivo en esta presentación es poner en discusión la relación de pareja que se ha hecho disfuncional y cuyos miembros presentan también enfermedades corporales. Parto del supuesto de que el cuerpo es lo visible de lo invisible y lo invisible tiene que ver con lo no dicho en el lenguaje y especialmente en las palabras. Me parece que es obvio pensar que la cotidianidad de la vida de pareja invita a compartir lo más íntimo: los cuerpos en su desnudez, en su potencialidad sexual, oral, anal, visual, auditivo, táctil, etcétera. Lo emocional, lo racional, lo irracional, lo verbal adulto-infantil. Todo esto circula de alguna manera en la relación de pareja y la hace diferente de cualquier otra relación.

La convivencia define esta expectativa relacional. Aceptamos que convivir es compartir. ¿Qué se comparte? ¿Qué hay de diferente en este compartir con otras relaciones en las que algo se comparte? Pienso que el ser humano sufre de alguna manera en la medida en que no vive la diferencia. Esta diferencia siempre es marcada por los otros significativos. Contextos diferentes, palabras diferentes, actos diferentes van construyendo la diferencia que da identidad a una relación. Entre el yo y el tú de la pareja debiera darse un interjuego que posibilite la co-construcción de la estructura diferenciada. Entonces, el dolor relacional podría pensarse como un producto de la desilusión provocada por una conducta, consciente o no, que afecta la diferenciación yo/ tú/ otros y que arroja al sujeto a un no saber o a un saber insatisfactorio de sí. “¿Quién soy yo para vos?”, “No soy quien tú dices o me haces sentir”, son los posibles enunciados que emergen en esas circunstancias. El no saber, la duda, la incertidumbre son vivencias que

emergen en el individuo a partir de una relación significativa, vivencia que podríamos describir como desgarramiento y que se da muchas veces cuando se producen cambios en el sistema. Algunos de estos cambios tienen que ver con el tiempo y sus efectos, especialmente, en los cuerpos. La ilusión... Pensaba en el pacto de pareja. Siempre me ha producido cierta curiosidad saber cómo pensar el pacto de la pareja. Pacto. ¿Qué va implícito en un pacto? Un pacto que seguramente, o creo yo, habla de un futuro, de un futuro imposible de predecir. En algún lugar leí que todo pacto podría pensarse como la concretización de la ilusión de eternidad, de completud y de cierto congelamiento del tiempo, y que la pareja también puede hacer un pacto de ese tipo. Ahora, ¿qué pasa con el tiempo y con los cuerpos en este pacto? Y fundamentalmente, ¿qué pasa con los cuerpos en la intimidad de la convivencia? Les recuerdo entonces (estos eran algunos conceptos generales) una pequeña referencia al caso, como yo lo venía pensando antes de la dramatización. Volví a repetir que el problema de la consulta fue la no comunicación, “no me habla”, “no me escucha”, “no me toca”. Elvira, en nuestro caso, que había pedido la consulta como les comenté, también planteaba la enfatización de su función materna. Pero, ¿por qué? Frente a alguna pregunta mía, Elvira se sentía buscada por las hijas, especialmente por la hija mayor. Pensaba también que si toda relación de pareja implica algún tipo de pacto de ilusión, o alguna ilusión en la relación, ¿qué pasa con las parejas cuando se instala la desilusión? Pensaba, ¿es posible vivir sin una ilusión? ¿Y dónde va a parar esa ilusión que no puede estar corporizada en la pareja? La idea es que toda desilusión de pareja sobrecarga la ilusión en la relación con los hijos. Si, en este caso, además, ella no se sentía buscada ni existiendo para él, la demanda de la hija, más que estimulada por ella o no, favorecía por lo menos un alivio en esa necesidad de sentir que está, que existe, etcétera. El episodio de la mastectomía –que en la dramatización fue transmitido como mutilación, palabra impactante– produjo una situación traumática muy difícil de elaborar, obviamente, con un agregado que voy a traer de la historia (vamos a llamar realidad la historia en la si-

tuación terapéutica): Elvira mantuvo su cuerpo oculto a la mirada de Augusto... Elizabeth/Elvira mantuvo su cuerpo oculto a la mirada de Carlos/Augusto y este no hizo mucho por desocultar ese cuerpo dañado. No sé si ustedes habrán visto una película en la que una mujer sufre una mastectomía y a partir de ese momento se instala el camisón en la relación, y también el estar permanentemente de espaldas. Se instaló paulatinamente el camisón, el silencio y la abstinencia sexual. Pero en realidad el ocultamiento como modelo relacional no fue un mecanismo relacional nuevo en la vida de Augusto y Elvira. Él era separado, tenía un hijo y nada de esto fue comunicado a la familia de Elvira cuando decidieron ir a vivir juntos hace 33 años. El hecho de no haberse casado por civil también fue un episodio oculto.

Augusto comentó en alguna oportunidad, en el proceso terapéutico, que no hablaba de estos temas para que Elvira no sufriera. Era el silencio que muchos llaman protector y que siempre me pregunto, ¿protector de quién? Siguiendo con el tema del ocultamiento como mecanismo relacional, durante este año –hace un año que están en tratamiento– la hija mayor quedó embarazada en una relación extramatrimonial. Y prefirió (estaba casada) ocultar su embarazo con todo tipo de recursos: con presión, encierro, actitud que contó con el apoyo familiar. Sin lugar a dudas, el ocultamiento producía menos dolor que la verbalización. El ocultamiento tenía que ver con el silencio de la pareja. Gadamer plantea que pensar significa dialogar internamente. Con la ventaja –este es un comentario mío– y desventaja de la falta de límites para la imaginación. El silencio relacional en la pareja va acompañado por el juego de preguntas y respuestas interno en cada uno y muchas veces con el diálogo con alguien fuera de la pareja. En el primer caso se produce un exceso imaginativo, que es lo que pasaba con Elvira. Esta hacía profusas interpretaciones de los hechos y de las conductas de Augusto. Sus carencias eran reemplazadas por sus fantasías. Sus problemas físicos a repetición (ella es una mujer que permanentemente plantea algún problema físico) era atribuido por ella a no poder hablar con Augusto de su hostilidad y de su abstinencia sexual. Esa era la historia que se

había construido. El problema no era el lenguaje como discurso, porque lo que me hacía pensar es: “¿pero esta mujer... no habla?”. Sí, habla. Habla consigo. “¿Nada más?” Me preguntaba y también le preguntaba. No, también habla con alguna otra persona. Pero si habla, ¿cómo es que ha construido esta historia de que sus problemas físicos tienen relación con el no hablar? Claro, el tema no es solamente el enunciado. Parece ser que para ella era muy significativo el tema del receptor. El problema es con aquel otro de la relación silenciosa, no es el tema del hablar solamente. Parto del supuesto, entonces, de que el ocultamiento y el silencio son con un otro que se percibe como diferente y distante. Con un otro con quien se vive la experiencia de la privación mutua de la palabra y de la escucha. Con un otro con quien se ha instalado esto que llamamos –y como también decía ayer María Rosa Glaserman– incertidumbre relacional. Es decir, esta sensación que podría transcribirse como “¿quién soy para vos?”. Esto parte del supuesto de pensar que la relación de pareja, ¿para qué es buscada y vivida? ¿Será para lograr existir totalmente para con un otro, que a su vez sea confirmador de nuestro existir único? En ese caso, la abstinencia verbal y corporal es una injuria mayúscula a esa confirmación.

Me pareció un problema interesante pensar cómo evolucionó el silencio en esta pareja, tomando los datos que articulo arbitrariamente. Inicialmente fue un no hablar lo que pudiera herir, fue un silencio protector. El silencio que ocultaba la palabra lo pienso como isomórfico al camión que ocultó la carencia o la cicatriz. Este fue un silencio individual, que se fue instalando como el secreto individual. A diferencia del silencio compartido como mecanismo frente a la familia de origen de Elvira en cuanto al estado civil de Augusto.

Loketek: Había un silencio compartido, un ocultamiento compartido que fue el de Elvira y Augusto en cuanto al estado civil de Augusto. Los secretos individuales de los miembros de la pareja, pienso, van instalando el silencio, primer paso de la incertidumbre relacional. Elvira, que fue la que padeció más intensamente esta situación, por la pérdida corporal y la pérdida de Au-

gusto, también fue la que buscó espacios de confirmación en la terapia individual, donde poder hablar, ser escuchada, tener un lugar único aunque sea por un rato. Quizá también en su hija mayor y también con sus compañeros de gimnasia, grupo al cual se integró en los últimos años. Augusto preguntaba por qué no era tratado como ella trataba a sus compañeros. Elvira preguntaba como respuesta por qué no era tratada como él trataba a sus clientes (Augusto ocupa un puesto muy importante en una empresa). La queja compartida era por qué si podés ser así no lo sos conmigo. Esta pregunta no tenía una respuesta satisfactoria y daba paso a la hostilidad recíproca.

Entonces, la secuencia evolutiva que construí del silencio podría ser la siguiente: un secreto compartido, secreto individual, incomunicación verbal y corporal, incertidumbre relacional, búsqueda externa, privación relacional interna, reclamo, respuesta insatisfactoria, hostilidad, quizás odio.

Voy a comentar el último párrafo. No sé si se percibió en la dramatización pero este comentario viene a partir de lo habitual que es la acusación en parejas que consultan por este tipo de problemas –y quizá por todos–. Y siempre me he preguntado cuál es la acusación básica en la relación de pareja conviviente de largo tiempo. Creo que la acusación es por el no cumplimiento de alguna promesa, de un pacto que, como he dicho antes, siempre está muy anclado en la ilusión. Y siempre me preocupó por qué al enfrentarse con lo real la pareja no puede repactar. ¿Por qué las parejas que mantienen algo del orden del amor, que sufren exageradamente, no pueden, repito, repactar? Si toda relación de pareja incluye el deseo y el amor por un lado, y la convivencia por el otro, y si el primer aspecto simplemente existe o no, la convivencia requiere repactar luego de cada acontecimiento. La única respuesta que se me ocurre ahora en función de estos temas y cómo los he planteado, es que repactar implica aceptar la finitud y el paso del tiempo con sus angustias no fáciles de enfrentar para muchas personas. Entonces la paradoja central de la vida en pareja hoy, cohabitacional, conviviente y disfuncional, es que habiendo llegado al máximo de intimidad –en ese sentido me pare-

ce siempre seductor cómo lo plantea Kundera: “Dormir juntos y despertar juntos”, me parece interesante plantearlo como el máximo nivel de entrega, casi- tengan que ocultarse. Pero, ¿cómo se instala el ocultamiento partiendo de ese nivel de máxima intimidad? Quizás haya que pensar que toda intimidad requiere una parte oculta, una parte que no se habla y de lo que no se habla como rescate de la individualidad. Sigo pensando que siempre habrá sentimientos y actos ocultos, y secretos en las relaciones de pareja, que el problema no es el ocultamiento ni el secreto, el problema es el engaño, la mentira, la traición.

Carlos Sluzki: Empiezo yo porque quiero despegarme más de la situación. Quiero comentar algunas experiencias desde adentro de la entrevista, que tuvo un clima nada fácil. Fue muy interesante la experiencia de mi relación con el terapeuta. En todo momento me sentí como al borde de estar enojado con él y al mismo tiempo tratado con cierto cuidado, que encaja muy bien con tu propia descripción del “desafío pero no mucho”, de estar al borde del desafío de modo de no alienar al paciente. De hecho, esa fue la experiencia desde adentro. Efectivamente en todo momento estaba un poco incómodo pero no demasiado incómodo, con la tensión entre ablandarme y dejarme llevar o retener una tesitura que tenía mucho tiempo. Me pareció extremadamente delicada y refinada la manera en la que la sesión terminó. Fue, para recordarles, el comentario, interesante, de *Res non verba* en oposición a *Verba non res*, como una suerte de complementariedad de rótulos. Pero más que una complementariedad de rótulos fue poner el malentendido hasta cierto punto en mis términos y desde ese punto de vista me resultó mucho más viable para poder pensarlo como una diferencia epistemológica entre los dos. Al mismo tiempo, lo que comenté casi al final como un *insight*, una reacción de enojo, se fue plasmando en el curso de la entrevista de una manera muy notable. Cada vez más claramente aparecíamos los tres, a saber: ella, la muerte y yo. Y esa presencia de los tres puede que haya sido la ruptura del pacto tal cual lo habías planteado. No solamente el pacto de la ilusión de detención

del tiempo sino la acusación por mi parte de la ruptura del pacto de inmortalidad o de algo por el estilo, acusación que le hago a mi cónyuge. En la práctica clínica, de hecho, aparece con cierta frecuencia la enfermedad como el tercero, un espacio o personaje ocupado por la enfermedad. Una amiga de Santa Bárbara, que hace seis meses era una profesional con una vida ordenada, con casa bien cuidada, jardín, amigos, un hijo en el College, recibió un diagnóstico de melanoma con metástasis en el cerebro. La reacción de ella fue: "No puedo creerlo", "Mi vida era una vida ordenada, con parámetros claros, etcétera y de golpe se vio ocupada por la enfermedad y todo se trastocó". La enfermedad acaparó el centro del foco de atención, todo lo demás se tornó totalmente periférico. La sobrevida, la muerte, el tratamiento... se transformó en centro. Fue como una inversión de figura-fondo feroz, en donde la temporalidad, la mortalidad se transformó en el tema. En nuestra vida cotidiana nosotros no pensamos en nuestra mortalidad, nuestra atención recae en las cosas generales de la vida, y nuestra finitud queda en el trasfondo. Pero cuando se transforma en figura, ocupa un espacio dramáticamente extenso. También uno puede plantear que la enfermedad aparece como una traición. Cuando uno trabaja con pacientes que tienen enfermedades somáticas, encuentra en ellos esa furia, ese enojo con la enfermedad, como una traición terrible. Porque una cosa es envejecer progresivamente, ¿verdad? Uno se mira al espejo y no nota las arruguitas de un día para el otro. La enfermedad aparece como una traición, como la ruptura del retrato de Dorian Grey. Otro fenómeno interpersonal muy particular es descrito por gente que padece enfermedades graves como el cáncer, a saber, que generan distanciamiento social. Ese es un fenómeno totalmente no verbal, prácticamente automático, de tomar distancia con el que reaccionamos en presencia de gente con enfermedades "peligrosas" como si fueran la peste, como si fuera transmisible. La gente con cáncer se describe como viviendo en una burbuja de espacio. De golpe la gente no le habla, toma distancia física. Y eso aparece con más fuerza en una familia como esta, en la que se inscribe además una historia de género muy importante que mere-

ce ser discutida. Y que seguramente aparecerá en el curso de esta conversación.

Celia Falicov: Tuve la oportunidad de ver los videos hace un tiempo atrás y la situación vivencial es muy diferente de lo que vimos hoy aquí. Voy a tratar de hacer algunos puentes entre los dos medios porque creo que hay consistencias en el trabajo de Adolfo Loketek que sería importante subrayar. Esta situación es, para mí, casi una situación de una obra de teatro del absurdo, en cuanto a la enorme alienación entre esas dos personas.

La situación que todos observamos aquí a mí me parecía una situación de teatro existencial y me empecé a preguntar si, en parte, una de las consistencias de Loketek es que él es un terapeuta –si podría darle un rótulo– existencial. Los temas son temas de mucha fuerza, de mucho peso, que tienen que ver con el distanciamiento, la desilusión, la muerte. No sé si en todos los casos, pero son temas muy apropiados para una pareja que ha vivido mucho tiempo junta y que se confronta con las limitaciones y las desilusiones de la vida, incluso las pérdidas corporales. A mí me pareció que es un trabajo maestro en cuanto a formular preguntas si seguimos el microanálisis de la sesión en las aperturas que él hace a través de preguntas a nivel individual a cada uno de los personajes y a los puentes entre los dos. Muy claramente, al principio, ellos usan palabras muy fuertes como “ser mutilada” (ella), “ascético” (él), y él persigue con preguntas: “¿qué quiere decir con eso?”, “¿Qué significa?” para cada uno de ellos. Y después, “¿qué relación hay entre la mutilación y el ascetismo?”, que es una forma de hablar de los temas de los dos. Parecía estar en una obra de teatro de Ionesco, o de Pinter o de Edward Albee, como si hubiera muros de evitación, muros de distancia que evitaban el conflicto y la intimidad. La sesión para mí empezó a ablandarse o a cambiar cuando Loketek hace una pregunta muy audaz, que es una cosa que me voy a llevar de este congreso, porque yo creo que, los terapeutas que usamos el lenguaje como la parte principal de nuestro *métier*, pocas veces hacemos como los terapeutas bioenergéticos o los terapeutas gestálticos, que mueven a la gen-

te físicamente. Pero a mí me parece que la palabra “tocar”, por lo menos en español es una palabra muy fuerte, que casi mueve. Cuando Augusto dice: “esto de la distancia es un cuento”, el terapeuta le dice: “¿Y usted la toca?”. Y de golpe se abre un mundo diferente. La palabra tocar aparece muchas veces: “¿Usted la toca a ella?”, “¿Usted se toca a sí mismo?”. Le dice a ella. “¿Usted se toca?”, “¿Dónde se toca? ¿En el pecho, en la cicatriz?”. Después le pregunta a Augusto: “¿Usted se toca en la pierna? ¿Esa es la primera vez que usted sufre algún tipo de cambio con su cuerpo?”. Y es una mezcla de hablar de la muerte y del optimismo al mismo tiempo, porque es de pérdida pero también de poder tocar la pérdida y acostumbrarse a ella. Esa parte a mí me gustó mucho, no sé si la llamaría incertidumbre relacional, es casi una incertidumbre corporal, quizás eso es lo que pasa en una enfermedad tan drástica en la que uno pierde parte de sí mismo, pero también gana parte de la vida. Eso aparece en la sesión cuando Augusto muy claramente, en un momento de enojo, le dice a ella: “Sí, estás mutilada ¿pero estás viva, no?”. Esa es la parte de complementariedad entre los dos, que uno podría llamar –un poco antiguamente si quisiéramos poner patrones que usábamos antes– una polarización en el optimismo y el pesimismo con respecto al mismo fenómeno. Parte del aislamiento es que nunca se hablaron en una forma en que pudieran entender las partes posibles rescatables de las pérdidas. Yo pensaba que lo que veíamos aquí era como un enojo frío, y que de alguna manera empezar a hablar del tocar podría transformarlo en un enojo más caliente. En las otras sesiones que vi en el video también aparecen muy claramente las preguntas como una forma de abrir nuevos espacios e ideas, pero siempre unas preguntas que se mantienen muy cerca del material traído por las personas. Siempre se repite algún tema, en este caso es el miedo a la muerte que aparece varias veces. En las otras sesiones anteriores era la desilusión, la pérdida, porque ellos me parece, los pacientes reales, no hablaban tanto de la muerte como en este caso. Yo voy a cerrar con una pregunta que quiero hacer, porque las sesiones reales que vi son la primera sesión y la número 20, y hay un cambio notable de afecto. Yo creo

que hay mucho trabajo con afecto que no sé cuánto lo articula el terapeuta. En la primera sesión hay mucha desilusión, enojo, frío, reproche, acusaciones de cómo las cosas habían sido antes y quizás aunque el hombre era mucho más cuidadoso de acusarla en forma directa, también hay una cosa de que él no es apreciado, de que a ella hace mucho que tampoco le importa nada de él. Y sin embargo en la última sesión hubieron cosas parecidas al “tocar” pero desde otro punto de vista y no sé cómo surgieron, ¿qué pasó en esas veinte sesiones?

Y una de las cosas curiosas que les quiero contar, porque me llamó la atención es que la señora dice que ella le ha cocinado un plato, que le ha hecho una cena. El terapeuta pregunta qué le cocinó, cuál fue la comida que le hizo, que lo hace una cosa muy folclórica. Y empieza a hablar: que si el tuco, si lo hizo con la salsa de tomate y se transforma en algo muy real que sale de algo muy abstracto. De desilusión, del miedo a la muerte, de problemas existenciales, va a una cosa tan prosaica pero tan viva como qué comida le hizo. Y al final de la sesión lo manda con una tarea al señor, que esta vez él le cocine a ella un plato. Entonces me parece que hay un juego muy interesante de temas muy amplios, muy abstractos que de alguna manera después se comunican, se conectan con algo muy concreto, que se puede realmente tocar.

Janine Puget: Me encuentro hoy con lo que puede pasar en cualquier tratamiento o en cualquier encuentro entre dos sujetos que forman una pareja. A mí me cambiaron el pacto inicial y me cambiaron la anécdota previa: yo vine preparada para algo, tranquila, había tenido en mi espacio singular, en mi casa, todo el tiempo, para preparar este encuentro. Y cuando llegué acá me encontré con Loketek, que me explicó que habían cambiado las reglas del juego. Entonces pensé: “Tanto trabajo que me tomé, y además ¿qué voy a hacer ahora con esto? Va a ser otra sesión, a lo mejor con temas diferentes”. Por supuesto yo tenía armado mi monólogo interno, como se prepara ante este tipo de eventos y como puede suceder en cualquier pareja que viene con una idea

de lo que va a pasar y de cómo va a estar el otro y resulta que el otro está en otro estado.

Entonces me encontré con que a lo mejor no tenía que cambiar el pacto, y en cambio ir trabajándolo, puesto que era el mismo lugar, el mismo material, las mismas personas. Algunos elementos estaban en su lugar y podrían representar lo que es la fijeza de una cotidianidad con la cual se obtiene cierto reaseguro: los muebles siguen en el mismo lugar, las sillas siguen en el mismo lugar y las personas que componían este panel también eran las mismas. Lo que no cabe duda es que me impactó muchísimo, si bien después decidí que, ya que me tocaba vivir esta aventura, aceptaba el desafío. Me impactó enormemente la capacidad de nuestros “nuevos pacientes”, de esta “nueva pareja” para identificarse con los personajes que yo había conocido previamente. Eran los mismos de los videos que yo había visto y entonces me pregunté cómo habían hecho. Sólo habían mirado muy poco tiempo los videos, tampoco eran demasiado claros, y por lo tanto era difícil entenderlos. La capacidad de nuestra pareja, de los dos miembros de nuestra pareja para identificarse con el papel fue llamativa, si bien he visto en otras oportunidades que ello puede ocurrir. Pensé: bueno, ¿a partir de dónde o cómo han sido capaces de identificarse en tal forma para armar este diálogo con tanta habilidad? Son iguales a lo que son aquellos pacientes, o semejantes, porque igual nunca es. Se me ocurrió que en todas las parejas estos temas son habituales, como por ejemplo el no diálogo, la no comunicación, la queja, el reproche. Cualquiera de nosotros ha tenido alguna experiencia en sus parejas, así que no es ninguna novedad y sabemos cómo quejarnos, cómo hablar de que estamos solos, que el otro no se comunicó, que puso música cuando queríamos silencio y que se puso a leer o a estudiar. Son temas de nuestra cultura y de nuestras vidas matrimoniales, probablemente. Con lo cual esta puerta era fácil. Entonces, ¿desde dónde consiguieron armar lo que es exactamente esta pareja? Y pienso que ahí la enfermedad, lo que se llamó la amputación (concepto fuerte, “la masectomía de esta paciente”, el cáncer, porque en realidad se habló del cáncer de Elvira), pudo posicionar a

los nuevos miembros de esta pareja en relación con el tema, con el sufrimiento, con el dolor, algo que también conocemos. Nos es fácil identificarnos con una persona o en una pareja, mujer y hombre, con una persona que tiene un cáncer, que es operada, forzando una identificación. Me pareció que había algunas situaciones que nos sirven para identificarnos con los pacientes y que son al mismo tiempo un posible lugar de malentendido. Porque como son conocidos y nos es fácil proyectarnos en ellos –dado que conocemos ese tipo de situaciones– podemos dejar de percibir la singularidad de esta pareja. Ese sería un tema.

Cuando una pareja tiene tan presente algo como el cáncer, que provee una explicación múltiple para la mayoría de los problemas tales como soledad, no relaciones sexuales, no tocarse, etcétera, mi preocupación sería “volver opaca” esta situación para poder trabajarla.

En general, pienso que los pacientes vienen con demasiadas explicaciones y con un saber presupuesto acerca de lo que les pasa que impide el acceso a lo que serían otras explicaciones que pudieran surgir durante la terapia y durante la vida diaria. Dicen saber lo que no saben y es un malentendido. Entonces, mi preocupación básicamente es la de volver opaca esta situación para transformarla en un material capaz de ser analizado.

Ahora, en cuanto a la dinámica de la sesión a la que asistimos –también tuve acceso a la primera entrevista–, se trata para mí de una pareja que ha hecho un trabajo terapéutico muy importante, han tenido acceso al humor (no sé si es por el talento de Carlos Sluzki, o si es por la identificación con el rol). Nos hemos reído todos, por Carlos/Augusto pero Elizabeth/Elvira también se rió. Y pienso que ese es un valor en cuanto a la evolución o producción de algún cambio, cuando aparece el humor. Este señor que estaba con sus cosas de la música, con ese lenguaje, digamos, tan lleno de frases hechas al comienzo de la sesión y que en algún momento se acerca a ella y la mira, y le dice algo que la hace reírse. Ello implica una evolución muy importante que hubiera remarcado para indicar que se había producido un cambio. También me llamó la atención el pasaje del lenguaje inicial, aquel

lenguaje empleado por el paciente (el que teníamos ahí). El primer lenguaje empleado por Augusto, el humor empleado en algún momento de la sesión y esta frase última de *Verba non res, Res non verba* y la traducción, como dijo Sluzki antes, resulta “un excelente momento para terminar la sesión”. Fue como el broche de oro de la puesta en escena con otro lenguaje, el latín, otro idioma, y para el cual el terapeuta pide traducción. En el momento en que se le pide traducción se supone que este lenguaje es comprensible si se lo traduce en palabras. Augusto en este momento piensa que habla un lenguaje capaz de ser entendido, pero va a requerir un largo trabajo ser lenguaje compartido, poder ser un lenguaje entendido por tres miembros, los tres miembros de este espacio, el espacio terapéutico. En consecuencia y como primer paso se empieza a jugar con esas palabras. Ese material es un material lúdico con el que se debería poder trabajar durante las sesiones siguientes, partiendo de la posibilidad de transformar ese *Verba non res* o *Res non verba* en un posible diálogo y en un espacio de intercambio en el que van a tener que darse cuenta de que necesariamente, para poder hablarse, hay que renunciar al lenguaje singular. Que el espacio vincular exige una traducción o un tipo de palabras, conceptos y emociones propias de ese compartir, y que no se vale del lenguaje que se utiliza en el espacio singular.

Una última cuestión, porque habría muchísimas más, que me preocupa a nivel de mi trabajo, es cómo se incluye la historia.

Nosotros como psicoanalistas tenemos una especie de ABC según el cual teníamos datos de la historia, los padres, la familia e imaginábamos que cierta traslación de esta familia, de estos datos, podían ser empleados en la terapia de pareja. Cada vez me interrogo más acerca de la factibilidad de más hipótesis de este tipo, en cuanto a su uso en análisis vinculares. ¿Por qué la historia familiar de cada uno de los miembros de la pareja podría explicar la historia actual de esta pareja? Ustedes van a pensar que es un disparate, yo soy psicoanalista y aprendí que el pasado infantil es sumamente importante y lo sigo pensando. Pero pienso que cuando imaginamos que la historia infantil de cada uno de los miembros de la pareja tiene que ver con cómo han construido su

vínculo de pareja, estamos pensando en términos de complementariedad, mientras que, para mí, la historia vincular es una historia de suplementariedades. Con lo cual, cuando consiga dar un sentido comprometido a la historia vincular es probable que la historia de cada uno reingrese en la vida vincular, a manera de ampliación del campo de trabajo, pero no como explicación. Entonces hago una diferencia entre lo que es la historia infantil como explicación del presente o el presente como posible ampliación de la historia infantil.

(A Loketek.) Me quedó picando la pelota porque les planteaste, les preguntaste algo en relación con sus familias –que se llaman tradicionalmente de origen– y pienso que la historia vincular tiene su propio origen y ese propio origen no tiene que ver con el origen de la historia singular de cada uno de ellos.

Por último, quiero agradecer la invitación porque soy “de otra camiseta”, y venir es un desafío.

Loketek: Antes de avanzar a las preguntas quería explicar que justamente Janine Puget ha sido invitada porque es “de otra camiseta”. Si fuera de la misma no sé qué haríamos. Aunque a veces pienso que no sé cómo es este tema de las camisetas. No sé cuál es una, cuál es la otra.

Debate con el público

Mujer 1: Primero quiero agradecer, la mesa estuvo fantástica. Me parece una situación muy difícil para un terapeuta no identificarse con esta mujer sufriente, no entrar en el discurso de ella, y entonces el hombre se aislaría más. Coincido con Celia Falicov en la cuestión del tocar, en cuanto a la cuestión más experiencial, y así como se le preguntó a ella si se tocaba el pecho o se tocaba la cicatriz, me preguntaba cómo los hombres y las mujeres sentimos distinto un tratamiento. Si se le hubiera podido preguntar a él, para que lo entendiera, como para que él lo sintiera agresivamente, dentro de las conversaciones terapéuticas se hubiera podido

incluir qué le habría pasado si hubiera perdido un testículo, por ejemplo; me gustaría que ella se acercara o no a esa situación. Es una pregunta... si piensan que se podría haber avanzado en esta cuestión corporal dentro de las sesiones terapéuticas.

Sluzki: Como personaje, de hecho, hubo un momento en que tuve una reacción en contra del terapeuta o de confrontación con el terapeuta fue cuando me preguntó si yo me acariciaba la rodilla. Fue un momento que se arregló de una manera muy delicada, porque eligió la rodilla y no otra parte del organismo para preguntarme, pero a mí me ofendió terriblemente. “¿Qué se mete con mi cuerpo? Salga de ahí.” Con lo que, si bien no habló del testículo, muy lejos de no haber tocado el tema, lo hizo de una manera muy clara, y además muy cuidadosa, porque la rodilla está a suficiente distancia de otras partes (risas).

Loketek: No sé muy bien cómo... En primer lugar quisiera ver esta pregunta y ver qué me despierta. Yo no sé hasta dónde me animaría a preguntar. A mí me parece que como terapeutas vamos acompañando y tratando de percibir los efectos de ciertas intervenciones nuestras. Es la misma reacción de las personas que nos consultan la que nos va a permitir caminar en tal o cual camino. Yo no sé muy bien. Yo creo que la exigencia para mí –coincido con Sluzki–, es haber percibido la molestia. Y entonces, cuando yo percibo la molestia mostrada en una irritación, en un movimiento, mi duda es: ¿sigo aunque moleste –porque creo que tiene que molestar en algún lugar– o no es el momento? Y entonces me parece que esa es la guía de la pregunta. Coincido, le agradezco a Celia Falicov la claridad con la que transmitió mi modo de trabajar, ojalá fuera esa, pero la idea es que me parece que el camino de las preguntas posibles lo va marcando el arte terapéutico, no sé como es. Hay que tener mucho cuidado con ese tipo de intervenciones que despiertan hostilidad, rechazo, volver a la defensa. Así que si el diálogo se hubiera dado para el tema del testículo es posible que la hubiera planteado a priori. Creo que yo comprendo que no comprendo, justamente, el profundo dolor de una persona que sufre una injuria corporal, a la que le pone la palabra amputación, que es mucho peor, que para mi escucha era

mutilación. Yo parto del supuesto de que si comprender es estar en el lugar del otro, en ese sentido no puedo ponerme en el lugar de nadie. Porque así entiendo mi manera de acercarme al otro, con una curiosidad propia del interés por aquello que es lo singular que es el otro. Creo que el comprender, eso de ponerse en el lugar del otro no lo entiendo mucho. Yo acepto que esa persona sufre porque la vi y creí entender que los ojos de esta persona podían ser descriptos con la palabra sufrir y hasta ahí sé. Entonces acepto, obviamente, si yo no juego con el tema de estar en el lugar del otro, entonces, ¿cómo me acerco en la pregunta? La pregunta es siempre buscar la posible respuesta del otro, a priori yo no sé nada. Sé a lo sumo lo que no sé y lo que trato de ensayar es hacer preguntas. No sé si está clara entonces la respuesta. Podría ser, puede ser, en el acto de la sesión yo detecté esto en él. No me pareció lo mejor y seguí por otro camino.

Mujer 1: Perdón, yo quiero aclarar que no lo hubiera puesto en ningún momento en esa sesión. Me hubiera parecido una agresión. Yo pensé que durante el transcurso del proceso terapéutico se podía incorporar una cuestión de mutilación corporal diferente, como para pensarlo, pero entiendo lo que usted dice sobre cómo va el devenir terapéutico. Lo que me pareció difícil fue que ella tuviera que acostumbrarse, además de aceptar la mutilación corporal, a soportar la mutilación de la relación también. Porque fueron conjuntas.

Loketek: Fueron conjuntas para la lógica y para la construcción de la mujer, sí. Voy con esto también a referirme a lo que me hacía pensar el comentario de Janine Puget sobre la historia de las personas que nos consultan, como material. Parto del supuesto de que los seres humanos construimos historias de nuestro pasado. Todas son válidas. ¿Pero cuál de esas historias, me planteo, hace que la relación se congele y se produzca un *impasse* relacional? Creemos que también el modo de construir la historia condiciona la conducta, además de hablarla. Con lo cual me interesa mucho más –o mido más– de qué manera la historia que estas personas han construido de su pasado, y de los acontecimientos del pasado, rigidiza la relación e impide cualquier otra lectura al-

ternativa de la historia. Parto del supuesto de que cualquier historia y cualquier relato es la verdad o la certeza. Pero esta es otra historia, ¿no? Es otra historia.

Hombre 1: Creo que el trabajo de la entrevista, de Loketek y de la mesa es hermoso. La dificultad de Janine Puget, bien resuelta por cierto, acerca de quién es quién. Es algo que me parece que es común porque el diálogo en la pareja, en una terapia, y el diálogo terapéutico produce esta confusión: quién es, cuál es el verdadero nombre y cómo nos proyectamos fantásticamente si somos la pareja o los terapeutas. Me parece que esa es una dificultad. Quiero agradecer las cosas que dijeron, la lectura de ese trabajo, y la dramatización. Era tan difícil la entrevista simulada, mucho más difíciles que las reales. Un momento que me pareció muy lindo fue ese cambio de código a costumbre, que pasó así inadvertido, porque costumbre parecía mejor o más fácil de cambiar que código. Otro momento bueno fue ese de acercar la silla, un momento que se acercó a los dos. Se acercó más a los dos. Me gustó esa capacidad permanente de mantener una curiosidad, que Adolfo Loketek acaba de citar, y a la vez sin forzar el encuentro, porque en ningún momento lo forzó. Y el señalamiento de la capacidad de reír juntos o de hacer reír, que también ya fue dicho.

Hombre 2: Escuché decir en la mesa que la enfermedad se instala como el tercero. Me pareció magnífica la exposición de la sesión. Y por un lado yo veía en Elvira que no había tercero, que era ella misma la representante de la muerte, se sentía como identificada con la muerte y ya muerta como representante de la muerte, quería que su marido que era su compañero, la aceptara. Por otra parte estaba planteando que quería terapia, quería diálogo. Lo que no me pareció claro, no me parecía evidente, era que ella quería reunirse con él para el goce. Estaba planteando por debajo: “aceptáme, premuerta”. A él lo veía en el papel del caballero de la armadura oxidada, defendiéndose de esa oferta tan poco tentadora. Creo que, como también creo que Sluzki dijo, el hablar, el tener en el cotidiano la relación con la muerte propia no es común y eso nos afecta mucho. Evidentemente es un tema que de-

bería ser incluido en cuanto esta pareja lo permitiera, reflexionar sobre el mito familiar y personal acerca de la muerte y de pronto confrontarlo, porque la sesión creo que empieza donde ella se dice: “yo me voy a morir”, y yo pensaba en el terapeuta diciendo: “y yo también, y todos”. Por eso su tristeza no es más cierta que la de cualquiera de los demás. En ese lugar ella estaba como “yo soy diferente porque tengo un diagnóstico”, pero, de cuánto tiempo atrás, de cuántos años atrás, de cuánta posibilidad perdida, de cuánta falta de disfrute, de cuánta falta de música.

Loketek: Sí, a mí me parece que como recortaba la situación con el tema de la muerte, yo me situaba frente a una mujer, frente a un ser humano que todos los días se mira al espejo o se mira a sí misma, y la palabra y el sentimiento de eso que se llama muerte, que no sé cómo esta mujer viva lo siente, se me ocurre que es distinto a lo que te referís, a esa espera natural de la muerte por parte del vivo. Sluzki planteaba el tema de que por lo menos en mi manera de pensar es un acontecimiento en la vida humana. Definido como alguien lo define, aquellos hechos a partir de los cuales es imposible seguir con las reglas anteriores, algo cambia de orden, y lo que digo te empuja a tener que repactar todo. Quería focalizar en por qué no pudieron repactar a partir de un acontecimiento. ¿Cuáles son los mecanismos que hacen que uno continúe como si la cosa fuera eterna, los pactos así ilusorios? Se me ocurre que esa imagen o esa escena que me cuentan de alguien que todas las mañanas se va a ver y circula la palabra y la vivencia, es distinto. No puedo plantearlo desde “todos nos vamos a morir”. Creo que es distinto.

Janine Puget: Me parece que hay que hacer una diferencia entre una situación que puede llamarse traumática y un acontecimiento. Pienso que la meta del tratamiento es que esto sea un acontecimiento –como es definido por Badiou, o como lo estás empleando vos– en el que realmente pase algo, en el que haya un antes y un después. Por ahora me parece que se lo describe como situación traumática, que va produciendo efectos pero que todavía no se sabe bien cuál es la inscripción que tendrá como acontecimiento de la relación vincular. Yo no daría por supuesto –por-

que a mí me parece fuerte que alguien haya tenido un cáncer y esté operado— que realmente para ella sea lo mismo aunque se mire todas las mañanas en el espejo y piense en eso. Me parece que ahí es donde se instalan los malos entendidos: uno piensa que estas palabras han instalado un acontecimiento en el espacio vincular y a mi juicio lo que intentan es conservar el antes, aquel pasado que imaginan que tuvieron, y están tratando que ese pasado les sirva para el hoy. Mientras que si hay un acontecimiento, este pasado no sirve para el hoy.

Sluzki: Un comentario en relación con esto. Esa puntuación en la que el hombre es un poco la víctima de esta mujer casada con la muerte, es una manera amable de ponerse del lado de él, mientras que desde otro ángulo él era un crápula que estaba desconectado emocionalmente con su propio cuerpo, y desafectivo con ella. Fue un ejercicio interesante cambiar la descripción y no quedarse atrapado en una polarización en la que uno estaría todo el tiempo en contra del hombre de la pareja. Es un buen ejemplo de la elasticidad que ustedes vieron en el terapeuta, en Adolfo Loketek, que todo el tiempo estuvo siguiendo a su manera el principio que Gianfranco Cecchin describió como “no hay que casarse con una hipótesis”, no hay que entrar convencido de un supuesto y llevarlo adelante a expensas de todos los otros. La realidad está siendo construida. Lo importante entonces es mantener abierto un repertorio de opciones en el trabajo terapéutico.

Loketek: Les agradezco a todos y así cerramos la mesa.

Diálogo con Adolfo Loketek*

Janine Puget

DESDE DÓNDE UBICARSE PARA ESTE EJERCICIO

Este diálogo nos ofrece muchos abordajes.

Una de las dificultades que suelo encontrar para este tipo de ejercicio o para cualquier ejercicio clínico es el de intentar ocuparse en forma integrada de las múltiples posibilidades que ofrece un material. A título de primer listado la pareja ofrece casi sobre bandeja sus cuerpos, los reproches, el malestar, el sufrimiento, la sexualidad, el estilo de diálogo, la cuestión de las imposiciones en función de las mutuas alteridades, del contexto cultural (lo que se debe), del crecimiento de los hijos, cómo circulan las redes del poder entre ellos, etcétera, y por supuesto el interrogante de por dónde entrar para instalar el encuadre y producir algún acto terapéutico.

Y para este ejercicio al que me invitan sabiendo que nuestras líneas teóricas tienen bastantes diferencias, se me ocurrió que podría ser interesante que al ofrecer mi lectura podamos reconocer el estatus de las diferencias entre Adolfo Loketek y yo, ver si son tales, y en este nuevo diálogo comprobar si suscitamos en otros algún nuevo punto de vista.

QUÉ ESPERO

En cualquiera de los casos es mi experiencia, hipótesis y particular momento vital los que construyen mi subjetividad siendo la que va a imprimir mi modalidad de intervención en este espacio. De acá espero salir con dudas, con ganas de volver a pensar algunas hipótesis, confirmar o no la incompatibilidad de mis puntos de vista teóricos con los de Loketek, descubrir las filosofías subyacentes que, por supuesto, tienen que ver con ideales de curación, etcétera.

* Trabajo escrito pero no leído en el panel.

CÓMO ME UBICO ANTE UNA CURA

Lugar de las preguntas

Todo esto y mucho más podría pretenderse de la vida vincular y por supuesto también de una intervención terapéutica a través de las cuales privilegio recuperar *la vitalidad del no saber, del imposible si bien deseado conocimiento del otro y del sí mismo* y, como decía, recuperar/adquirir un nivel de interrogación y cuestionamiento que devuelva su potencialidad creativa a la zona de encuentro. Por ello no suelo pedirles datos ni históricos ni aclaratorios porque pienso que las respuestas parten de la idea que saben, algo así como atribuirles un conocimiento que doy por supuesto que no tienen. Cada vez más me encuentro con que una sesión psicoanalítica cualquiera sea, singular o vincular, está ocupada por *más datos de los que puedo entender* y que esto me lleva a tener que hacer recortes, privilegiar algún dato y no otro, y a veces caer en la tentación de incorporar en una intervención, como si fueran incorporables, datos en forma arbitraria. Pero lo peor no sería la arbitrariedad sino más bien el producir falsos enlaces, falsas integraciones, ver complementariedades donde no las hay.

DIFERENCIA ENTRE UNA SESIÓN Y UN EJERCICIO CLÍNICO

Pero no es lo mismo una sesión que un ejercicio clínico. Y el de hoy, en la medida en que tuve acceso al material previamente, me ofreció un *tempo* en el que es posible escuchar y volver a escuchar, o leer y volver a leer, lo que lleva a concebir otro tipo de intervención. Por ello haciendo este ejercicio en mi casa me parece válido descubrir cuáles son las repeticiones, algunos momentos de impacto emocional o de algún otro orden, los que despertaron en mí alguna perplejidad y ganas de saber más, aquello que parece no haber sido pensado previamente por los pacientes y pueda permitirme alguna intervención. Y para intervenir me pregunté cuál podría ser el organizador que dé acceso a la pareja a otro nivel de intercambio.

Por supuesto ello implica que a través de la *repetición* o por lo menos de un material semejante tendré acceso al núcleo duro de este vínculo. Para meterme con él sólo el impacto producido por

mi intervención o por lo que uno o el otro diga, podrá ser una puerta. Por lo tanto me propongo encontrar una vía para que esta pareja, que tiene un diálogo evacuativo, pueda interrogarse.

Desde ya es de suponer que en el consultorio algo de este proceso también vale si bien no con la misma claridad.

Imagino que ustedes con su modalidad de trabajo intentan reunir el *tempo* de la sesión y el *tempo* del ejercicio clínico fuera de la sesión. Cada metodología da algún resultado y por esto a ella se recurre pero no con los mismos resultados.

COMENTARIO ACERCA DE ALGUNA INTERVENCIÓN DE LOKETEK

Voy ahora a curiosar e intentar descubrir dónde se ubica el terapeuta y qué es lo que perseguía con sus intervenciones. En un segundo tiempo me preguntaré si yo hubiera intervenido de esta manera y en caso contrario por qué no.

Creación del encuadre o de las condiciones de trabajo y consecuencias

En la primera entrevista a pedido de los pacientes, el terapeuta se presenta diciendo algo: su nombre, y algo acerca de cómo trabaja. Parte del supuesto de que esta modalidad va creando condiciones de trabajo, calma ansiedades y podría ser de buena educación, lo que quiere decir que por más que estén en un consultorio, que han pedido una hora, *no se da por supuesto* que conocen al terapeuta. ¿Puede considerarse una intervención terapéutica el “no dar por supuesto”? Probablemente sí, siempre y cuando se la utilice como tal.

Cómo cada uno de nosotros crea las condiciones de trabajo con sus pacientes es un tema interesante, ya que remite al supuesto de que las condiciones se crean con algunos actos verbales que tienen un cierto tono formal, coloquial y que sin embargo dejan de serlo al incluirse en un trabajo terapéutico. Algo así como dar razones que convaliden el estar juntos para algo.

Si yo hubiera iniciado la entrevista de esta manera estaría atenta a las consecuencias de la misma. Y en este caso la pareja acudió a una típica conducta evitativa, ya que ni bien Loketek los ubicó y se ubicó con relación a ellos, hablan del análisis indivi-

dual que “ya no alcanza para abarcar algo más”. ¿Cómo hacer para que quepan los dos en un mismo encuadre?

Hay algunos temas, como el del análisis individual, que aparecen en determinados momentos conflictivos en los encuadres de pareja o vincular, que considero sintomático.

En mi experiencia entran a jugar como un intento de articular armoniosamente espacios definitivamente imposibles de articular. El espacio singular y el espacio vincular sólo mantienen desde mi esquema teórico, relaciones de complementariedad productoras de diversos mecanismos de defensa. No se trataría de una disociación sino más bien de la manifestación de un deseo, de un imposible, reunir en un mismo encuadre diferentes espacios psíquicos. *Lo singular se pierde en lo vincular, lo vincular se pierde en lo singular*. Considero, incluso, que intentar integrarlos proviene de una posición teórica reduccionista.

TEMAS CENTRALES DESDE LA REPETICIÓN

Pasemos ahora a reconocer desde la repetición algunos temas centrales de estas entrevistas. Uno de ellos es el de la pérdida, de lo imposible que adquiere el nombre de soledad. Sentirse sola/o, no poder estar solos, lo que significa no tener un espacio para la pareja, sola ya no puedo, como dice Elvira en algún momento, y de otras muy diversas maneras.

Estos términos “solos, soledad”, se van a tornar significantes y organizadores de algunas posibles intervenciones terapéuticas. Sólo en el espacio singular, vincular de pareja o familiar y social tienen diferentes significados.

OTRA INTERVENCIÓN DE LOKETEK: EL OTRO ES DIFERENTE

Examinemos ahora cómo el terapeuta desde el principio les señala que el otro es diferente. No me doy cuenta si nos sostiene la misma idea cuando recalamos este tipo de cuestión. Le pregunto a Loketek si esta intervención está sostenida por el intento de disminuir la proyección y hacerles reconocer la desconexión. Para mí esta intervención tendería a sensibilizarlos en relación con este particular encuadre: si bien otras veces y en otras condi-

ciones esto podría haber pasado, hoy aquí, y en función de lo que esperan y vienen a hacer, no es igual.

PONER NOMBRES AL MOTIVO DE CONSULTA Y LUGAR DEL SABER

Otra cuestión que me interesó es presumir que el terapeuta pareciera perseguir la idea que la pareja vaya poniendo nombres al motivo de consulta, por supuesto ayudados por él. Ya mencioné previamente mi idea acerca de este tipo de intento: parto del supuesto de que no saben por qué vienen, y preguntarles les otorga un saber acerca de su malestar y sufrimiento, que supongo que tendremos que descubrir en cada sesión. El motivo de ayer no es el mismo motivo de hoy.

Como ya dije, cuando preguntaba imaginaba que me aportarían datos, y que ellos al oírse podrían reflexionar y si se trata de familias o parejas podrían darse cuenta de algo más: por ejemplo no tener los mismos motivos de consulta. Si bien esto sigue siendo válido, hoy pienso que hay que evitar oscurecer las zonas de complejidad del vínculo, las zonas de vacío que hacen síntoma.

Muchas parejas llegan diciendo “estamos mal, nos queremos o me quiero separar, o estamos mal pero nos queremos y no nos queremos separar”. ¿Qué es lo que informan? Que algo esperan, separarse o no, que hay algo temido... Entonces vuelvo a mi idea de no preguntar y más bien de crear un espacio donde surjan preguntas.

Mi mayor interés es el de despertar su curiosidad por ellos, por el cómo del vínculo, por el otro y también por supuesto por el sí mismo en relación con la situación. Pero algo de esto pasa también con las preguntas de Loketek, si bien no me parece que pongamos el acento en lo mismo.

HABITUALIDAD

La pareja que consulta lleva 30 años de casados, 3 hijos y parecen tener mucha familiaridad y habitualidad con el estilo de relación que han sabido construir, por lo cual me plantearía la posibilidad de transformar esta habitualidad en su opuesto.

COMUNICARSE: LO VERBAL, LOS CUERPOS, LA SEXUALIDAD

Ahora viene tal vez lo más difícil: ¿qué entendemos los unos y los otros por “comunicarse”? Tomo entonces una frase de Loketek. “Uno dice una cosa y el otro entiende otra cosa. ¿Eso es comunicarse mal? ¿Este sería el motivo de su pedido de ayuda? ¿Ayudarlos a comunicarse mejor? ¿Qué es dialogar? Desde lo manifiesto lo hacen, uno dice algo, el otro dice otra cosa, el analista dice, ¿pero esto tiene o no tiene valor terapéutico? ¿Constituye un acto en sí capaz de producir una ruptura en un sistema cerrado, una idea nueva, un cambio en la monotonía de la organización conocida?

Dos líneas posibles: si ellos se dan cuenta de que no se hablan alcanza para tener un motor para el cambio. Si se dan cuenta de que no escuchan al otro o que no son escuchados por el otro, ¿podrían confirmarse en su soledad rencorosa o por el contrario preguntarse por qué no son escuchados? Pero, ¿estamos seguros de que quieren hablarse más? Es cierto que es un presupuesto y que este se va confirmando con la abundancia de diálogo corporal y la falta de otros diálogos. Los cuerpos hablan a partir de diversos síntomas a los que cuidan amorosamente. Pero los cuerpos sexuales no hacen diálogo. Son silenciosos. Entonces mal que les pese van a tener que transformar este lenguaje corporal somático en un otro lenguaje. Y digo “mal que les pese” porque aún no queda claro de dónde sacarán la fuerza para dicha transformación. En cambio a mí me va quedando cada vez más claro que este es el trabajo analítico al que debiéramos abocarnos.

La sexualidad puede pensarse como manifestación de una pulsión o deseo, o en la vincularidad, como ubicado dentro del orden de la red del poder, como diría Foucault.

Esta pareja formalmente no tiene una relación a la cual podría llamarse sexual (pulsional), o sea que dicen no tener relaciones sexuales desde hace muchos años. Pero alguna relación sexual deben tener sin saber cómo se llama, alguna tramitación de erotismo. ¿Pero cuál? Saben que otros tienen, que esto es algo prescripto en las parejas matrimoniales, pero ¿por qué les causa sufrimiento? ¿Por qué los cuerpos hablan tanto pero no se eroti-

zan como para tener una relación sexual? Los cuerpos ocupan un lugar central con todos sus padecimientos. Será importante descubrir por dónde pasa el erotismo actual.

Ligado con la sexualidad surge el tema de la mentira y la vergüenza. Me acordé de la paradoja del mentiroso y me pregunté si cuando dicen no tener relaciones sexuales es porque a ella le da vergüenza no tenerlas, miente o dice la verdad. Pero, ¿cuál es la verdad? Que alguna relación sexual tienen pero que esta se desarrolla a puerta abierta, sin noción de intimidad, que es algo que hay que tener, por lo tanto más desde el debe que desde el quiero-deseo. Y es tal vez por esto que puede decir con tanta naturalidad y fuera de contexto que “fifa”. Es una sexualidad a puerta abierta y ello indica otra línea de intervención: construir tabiques, nociones de oposición privado-público, recuperar el deseo.

Hay alguna relación entre sexualidad a puerta abierta, soledad y lugar de los hijos creciendo que se van a ir. Elvira piensa que se va a quedar con un desconocido. Y esto me resultó importante: por lo menos aparece la noción de desconocido, o sea que hay un otro en estado de ajenidad. Por ahora este comentario está dicho en el registro paranoide, pero algo se podrá hacer con él.

¿Cuántas líneas pueden abrirse desde esta formulación? Rección con la partida de los hijos tienen que hacer algo o el sistema de relación no da para más?

¿Pero por qué no da para más? ¿Porque los cuerpos que ocupan la escena amenazan con enfermedad y muerte o con dolor y condena?

Un último comentario acerca de las intervenciones de Loke-tek. Estuve revisándolas y me di cuenta de que la mayoría las formula como preguntas, y me pregunté cuál es el estatus de estas preguntas. Es porque no sabe, porque quiere que piensen, porque intenta abrir un espacio de interrogación, y entonces ahí nos acercamos.

Cuando termina la primera entrevista el terapeuta les da su punto de vista. Les dice cómo pueden ser ayudados: pensar otras cosas, vivir otras cosas, articular las cosas de alguna otra manera.

Me pareció una preciosa intervención en relación con el lugar de la historia, el lugar de lo novedoso y la posibilidad de reordenar la historia a partir del presente y del hecho novedoso. Conuerdo plenamente en esta filosofía y sin embargo probablemente empleamos diferentes estilos o presupuestos técnico-teóricos.

Los autores

Silvia Bleichmar

Doctora en Psicoanálisis de la Universidad de París, VII. Docente de Posgrado de la Universidad de Buenos Aires y otras del país y del exterior. Sus últimos libros publicados son: *La fundación del inconciente*, *Clínica Psicoanalítica* y *Neogénesis* y *Dolor País*.

Dora Fried Schnitman

Doctora en Psicología, fundadora y directora de la Fundación INTERFAS. Directora, Programa de Actualización en Psicología Clínica con Orientación Sistémica, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Miembro de la Comisión de Doctorado en Psicología de la Universidad de Buenos Aires (1993-1999). Docente de la División de Medicina Familiar y Comunitaria, Facultad de Medicina de la Universidad de California en San Francisco (1974-1982). Docente, Mental Research Institute, Palo Alto, California (1977-1982). Miembro de la Comisión de Doctorado en Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Directora, revista *Sistemas Familiares*. Publicaciones: *Nuevos Paradigmas*, *Cultura y Subjetividad* (Paidós, 1994), *Novos paradigmas em mediação* (Artmed, 1999), *Nuevos paradigmas en la resolución de conflictos: Perspectivas y prácticas* (Granica, 2000), *Resolución de conflictos. Nuevos diseños, nuevos contextos* (Granica, 2000).

Eva Giberti

Licenciada en Psicología. Psicoterapeuta. Co-Directora de la Maestría en Ciencias de la Familia (Universidad Nacional de Gral. San Martín). Profesora en posgrados de la Facultad de Psicología y de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (UBA) y en la Universidad de Ciencias Sociales y empresariales (UCES). Autora de numerosos ensayos acerca de temas relacionados con la familia y temas de género. Publicó los libros: *Escuela para Padres, Adolescencia y Educación Sexual, La mujer y la violencia invisible* (en colaboración con A. Fernández), *La adopción, Adopción y silencios* (en colaboración con S. Ch. de Gore), *Éticas y adopción* (varios autores), *Hijos del rock, Políticas y Niñez, Incesto paterno filial* (con S. Lambertí), *Los hijos de la fertilización asistida* (con G. Barros y C. Pachuk), entre otros.

María Rosa Glasserman

Licenciada en Psicología. Terapeuta familiar. Miembro Fundador y co-directora de la Escuela de Psicología Clínica de Niños (1968-1972). Miembro fundador y directora de CEFYP (1979-2002). Supervisora de ASIBA (Asociación de Psicoterapia Sistémica de Buenos Aires). Docente de Posgrado en la Facultad de Psicología de la U.N.B.A. Dictado de seminarios y cursos diversos desde 1968 hasta la actualidad. Presidenta del IV Congreso de la Asociación Sistémica de Buenos Aires (1997). Presidenta del Congreso de la Fundación CEFYP (1999). Ha publicado diversos artículos acerca de profilaxis quirúrgica, divorcio, terapia familiar y drogadicción. Libros: *Psicoterapia de grupo en niños* (en colaboración con María E. Sirlin; Buenos Aires, Nueva Visión, 1974), coautora de *Más allá de pactos y traiciones* [Juana Droeven (comp.), Buenos Aires, Paidós, 1997].

Pedro Herscovici

Médico Psiquiatra. Docente de grado y posgrado de la Universidad del Salvador. Facultad de Psicología. Co-Director de Tesis. Supervisor aprobado por ASIBA y AAMFT. Publicó trabajos en *Teoría y Técnica de la Psicoterapia Sistémica* (Nadir, 1991), *Enciclope-*

dia de Derecho de Familia (Editorial Universidad, 1991), *Sistemas Familiares* (varios números), *Enciclopedia de Medicina Familiar* (Editorial Panamericana, 2000).

Celia Jaes Falicov

Doctora en Psicología, Universidad de Chicago. Profesora, Departamento de Psiquiatría, Universidad de California, San Diego. Ha escrito numerosos artículos sobre cultura y familia, el ciclo de vida de la familia y el entrenamiento de terapeutas de familia. Coordinadora de los libros: *Cultural Perspectives in Family Therapy* (Aspen, 1983) y *Transiciones de la familia: Continuidad y Cambio en el Ciclo de Vida* (Amarortu, 1990). Autora del libro *Latino Families in Therapy: A guide to multicultural practice* (Guilford, 1998). Vicepresidenta, Comisión Directiva de la revista *Family Process*. Presidenta (1999-2001) de AFTA, la Academia Americana de Terapia Familiar.

Estrella Joselevich

Licenciada en Psicología. Docente Responsable de Posgrado, Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Miembro de A.F.T.A. (American Family Therapy Association). Ha sido miembro, co-fundadora y/o directora de diversas entidades dedicadas a la Psicología Clínica de Niños, Terapia de Familia y Psicoterapia Sistémica. Autora de numerosos artículos y publicaciones, entre otros: *A.D./H.D. Síndrome de Déficit de Atención con y sin Hiperactividad en niños y adolescentes. ¿Qué es? ¿Qué hacer?* (comp.), *A.D./H.D. en adolescencia* (Investigador Principal), *Evaluación clínica A.D./H.D. en adultos* (Investigación conjunta con la Universidad de California, Estados Unidos), *Síndrome de Déficit de Atención con o sin Hiperactividad (A.D./H.D.) en niños, adolescentes y adultos* (comp).

Adolfo Loketek

Médico Psiquiatra, Universidad de Buenos Aires. Director honorario de CEFYP, y ex coordinador del Departamento de Docencia, Ex docente de posgrado de la Universidad de Buenos Aires. Ha

publicado en distintas publicaciones especializadas en Terapia Familiar (*Sistemas Familiares, Revista de Terapia Familiar, Perspectivas Sistémicas, Actualidad Psicológica*), coautor de *Más allá de pactos y traiciones* [Juana Droeven (comp.), Buenos Aires, Paidós, 1997].

Janine Puget

Miembro Titular con Función Didáctica de A.P. de B.A. Miembro Fundadora de la A.A.P.P. de G. Publicaciones en revistas nacionales y extranjeras sobre temas relacionados con la función del psicoanalista, la dimensión cultura, el psicoanalista en situaciones extremas, ética y psicoanálisis, poder y psicoanálisis, psicoanálisis de pareja, de familia y de grupo. Libros: *El Grupo y sus configuraciones: Terapia Psicoanalítica* [en colaboración; Buenos Aires, Lugar Editorial, 1982 (publicado también en italiano: *Il gruppo e le sue configurazioni. Terapia psicoanalítica*, Roma, Borla, 1996)], *Psicoanálisis de la Pareja Matrimonial* [en colaboración; Buenos Aires, Paidós, 1988 (publicado también en italiano: *Violenza di stato e psicoanalisi*, Roma, Gnocchi, 1994)], *Lo vincular. Teoría clínica y psicoanalítica* (en colaboración; Buenos Aires, Paidós, 1997).

Carlos E. Sluzki

Profesor-Investigador, Institute of Conflict Analysis and Resolution and School of Public Policy, George Mason University, Fairfax/Arlington VA, Profesor (Clínico) de Psiquiatría, Escuela de Medicina, George Washington University, Washington DC. Es Editor del *American Journal of Orthopsychiatry*. Ha publicado más de 150 libros, artículos y capítulos de libros acerca de terapia familiar, psiquiatría, comunicación y derechos humanos.

